



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

¿QUÉ SIGNIFICA SER INTELLECTUAL EN MÉXICO?

ENSAYO

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN**

PRESENTA

JOSÉ CARLOS SANABRIA ESCUTIA

DIRECTOR DE ENSAYO

MTRO. LENIN RAFAEL MARTELL GÁMEZ



TOLUCA, MÉXICO, FEBRERO 2017

Agradecimientos

A Josefina

A Ana

A Laura

A Cami

A Renata

A Rodolfo

A Lenin

A Daniela

¡Gracias!

Índice

1. Introducción	4
La importancia de los intelectuales	5
Cómo explicar al intelectual y a las identidades mexicanas	9
2. ¿Quién es Juan Villoro?	14
3. Los antecedentes de Juan Villoro	19
4. Estilo periodístico y argumentativo	27
5. Las identidades mexicanas en la obra de Juan Villoro	31
Gastronomía y unión	35
Fiesta, alegría y relajó	39
Amabilidad y cortesía	42
6. Hacia dónde va la intelectualidad en México	49
Fuentes	55
Anexo	58
Entrevista a Juan Villoro	58

¿Qué significa ser intelectual en México?

1. Introducción

Conocí a Juan Villoro por una columna que publicó en el periódico *Reforma*, relatada de manera coloquial la historia de una pareja y su forma de unión: un candado en el Puente de las Artes de París, Francia. Desde ese momento, me impresionó la forma en la que articulaba ideas. Su prosa me pareció directa y honesta. Había encontrado a alguien con quien identificarme.

Seguí leyéndolo cada semana y me fui encontrando que no sólo escribía relatos de la vida cotidiana, también reflexionaba acerca de la identidad mexicana o de algún suceso político del país. Había ocasiones en la que escribía acerca de un libro o de una película que había visto y eso lo relacionaba con un hecho histórico o con un suceso que había vivido. Al final, todos sus textos me dejaban con una piedra en el zapato, con más preguntas que respuestas.

Tiempo después comencé a estudiar la licenciatura en Letras Latinoamericanas y pude comprender de otro modo los textos periodísticos de Villoro. Utilizaba recursos literarios para escribir de la vida pública del país. Quería, de alguna forma, relacionar lo que iba aprendiendo en Letras con mi trabajo de titulación de Comunicación. De ahí la razón de elegir como tema a los intelectuales, quienes en muchas ocasiones, además de reflexionar acerca de la vida del país, escribían ficción. El caso de Villoro no fue la excepción. Además de su columna en *Reforma*, sus novelas y cuentos me fueron llenando de risas y desvelos. Sus historias y personajes me fascinaron.

Este ensayo trata acerca de la importancia de los intelectuales en México. Tomo como base la obra de Juan Villoro, como uno de los pensadores que más importancia ha tenido desde finales del siglo XX. Elijo, además, a la identidad mexicana, como uno de los temas que han retomado gran parte de la intelectualidad, para demostrar por qué Villoro es uno de los intelectuales que le ha dado un giro a las reflexiones de sus antecesores. La identidad mexicana también es una base para hablar de la importancia y significado de los

intelectuales, aquellas personas que se dedican a darle un posible rumbo al país cuando se encuentra en momentos de crisis.

Elijo, además, a la hermenéutica como metodología para este ensayo. Entender, comprender y luego interpretar, es decir, realizar el círculo hermenéutico, me parece pertinente para trabajar los textos periodísticos de Juan Villoro. Asimismo, esta rama de la filosofía es oportuna para un estudio del área de Comunicación: el periodismo. Interpretar sus textos de no ficción, para después reflexionar acerca de qué significa ser intelectual en México me pareció un camino conveniente para la realización de este ensayo.

Espero que la impresión y gusto que tuve al leer por primera vez a Villoro se transmita con las siguientes líneas.

La importancia de los intelectuales

“A este país le faltan tres cosas: seguridad, justicia social y delanteros” (Villoro, 2012: 229), dice Juan Villoro en su artículo “La identidad en fuera de lugar”.

Hoy día, ante una realidad política y social compleja que el país vive, es necesario preguntarse cuál es el papel que fungen los intelectuales en México para entender y explicar los cambios bruscos que estamos experimentando. Juan Villoro ha reflexionado los sucesos más importantes en la historia de México para tratar de comprenderla. Ha hecho numerosas analogías entre los problemas sociales y cuestiones de la vida cotidiana, en este caso, pone en el mismo nivel, la justicia social y la seguridad con el fútbol. Por otro lado, los intelectuales han tratado de explicar la esencia de los mexicanos con todos sus matices, ventajas y desventajas, han sido pieza clave para mostrarnos otro punto de vista acerca del país y de lo que es ser mexicano.

A lo largo de la historia de México, numerosos intelectuales e investigadores se han interesado por reflexionar acerca de la mexicanidad y el nacionalismo; “lo mexicano” es una de las grandes interrogantes. ¿Qué es México? ¿Cómo son los mexicanos? ¿Cuál es nuestra identidad? ¿Tenemos sólo una o varias? A partir del siglo XX esta preocupación ha ido creciendo, los

cambios que ha tenido el país han puesto sobre la mesa qué significa ser mexicano hoy día.

La Revolución Mexicana, aparte de ser un momento de cambios políticos, económicos y sociales, también significó un cambio en la intelectualidad nacional. Estos cambios se pueden rastrear desde el sociólogo Julio Guerrero (*La génesis del crimen en México*, 1901), hasta Antonio Caso (*El problema de México*, 1923) y José Vasconcelos (*La raza cósmica*, 1925). Dar identidad al país y conceptualizar “lo mexicano” ha sido una de las tareas más arduas y polémicas dentro de la intelectualidad. Ante la enorme diversidad que hay en México, no basta una definición vaga.

México ha tenido una historia llena de contrastes; desde la época precolombina hasta nuestros días sucedieron acontecimientos clave para la formación de nuestra identidad. Podemos nombrar desde la vida de los antiguos mexicanos con toda su tradición y su cosmogonía y de ahí seguir con la llegada de Hernán Cortés a Mesoamérica, la guerra de Independencia, la Intervención Francesa y la Revolución Mexicana. Sigue la mitad del siglo XX con varios movimientos sociales y estudiantiles, asimismo el auge del cine mexicano alrededor de 1940, la fotografía y la televisión como elemento indispensable en los hogares mexicanos. Y culminando con el siglo XXI, donde la información fluye a una velocidad exorbitante y, al parecer, no hay momento para detenernos y reflexionar acerca de los achaques que tiene el país.

Somos un híbrido, tenemos características de muchas partes del mundo y una mezcla de varias formas de pensar y actuar, principalmente de la visión española y prehispánica, pero también hay influencia árabe e, incluso, africana; tampoco se puede dejar de lado la visión norteamericana y occidental, que han sido parte de la historia contemporánea de México. De ahí, tal vez, la propensión a hacer análisis, ensayos y reflexiones acerca de la identidad nacional. Al ser un país rodeado de influencias de numerosas culturas y países, ¿qué nos distingue de las demás? ¿Cuáles son los rasgos que nos diferencian de las demás naciones?

Es una empresa difícil abarcar todas las facetas de los mexicanos, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) somos alrededor de 112 millones 336 mil 538¹ habitantes de diferentes estratos sociales, edades y preferencias. Tenemos gustos muy diversos, podemos encontrarnos en un mismo lugar con jóvenes a los que les gusta el rock y adultos a los que les gusta la música culta; no somos un país homogéneo. A simple vista, las diferencias tanto económicas como culturales salen a la luz y poder agrupar esos contrastes en un texto es una tarea titánica.

Con los siguientes datos nos podemos dar cuenta de la cantidad de contrastes que existen en México: de la población total, poco más de 334 mil personas son egresados de alguna licenciatura y sólo apenas dos mil 927 son graduados de algún programa de doctorado. Por otro lado únicamente un 35.8% de la población cuenta con una computadora en casa y el 30.7% con conexión a internet. Esto contrasta con la cantidad de hogares que cuentan con una televisión, alrededor del 94.9%, de los cuales sólo un 36.7% cuenta con servicio de televisión de paga. Sesenta y cinco punto ocho por ciento de la población cuenta con un teléfono celular y sólo un 43.1% con un teléfono fijo.

Más allá de las estadísticas, algunos intelectuales como Carlos Fuentes, Octavo Paz, Juan Villoro, entre otros, han encontrado una forma diferente de analizar a los mexicanos. Han visto más allá de lo evidente y se han atrevido a conceptualizar y explicar lo que significa México, su gente, su historia, su cotidianidad. Históricamente, han sido una pieza angular en vida cultural, social y política de México. Mucho se les ha agradecido por haber contribuido en las letras y en las artes, sin embargo también se les ha criticado por estar en constante contacto con el ámbito político y las esferas de poder. Por ejemplo, a Octavio Paz se le cuestionó arduamente su relación con Carlos Salinas de Gortari y el PRI, pero también se le ha apreciado por todo lo que aportó a las letras y a la cultura, no sólo mexicana, sino universal.

¹ Todos los datos corresponden al último censo realizado por el INEGI en 2010. Disponible en: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/temas/default.aspx?s=est&c=17484>

El intelectual es una figura que rompe con lo cotidiano, no son simples ciudadanos, son pensadores y grandes críticos. Su opinión tiene gran peso dentro de la vida política y social de México, no es casual que cuando publican un artículo o un ensayo, políticos, académicos, estudiantes y buena parte de la opinión pública los voltee a ver.

Está el caso, por ejemplo, en los últimos años, de *La jaula de la melancolía* del académico e investigador, Roger Bartra, un ensayo donde contrastó la visión que tenían varios intelectuales del siglo XX acerca del mexicano, entre ellos la de Octavio Paz. Del mismo modo nos podemos encontrar crónicas de Carlos Monsiváis acerca de la vida cotidiana de la capital de nuestro país. Estos textos han causado polémica y debate en la vida pública de México.

Uno de los intelectuales mexicanos más reconocidos a nivel nacional e internacional de finales del siglo XX y del XXI es Juan Villoro². Es uno de los escritores vivos más prolíficos y una referencia en las reflexiones políticas y sociales acerca de nuestro país hoy día. En años recientes han fallecido algunos de los intelectuales más importantes del siglo XX como Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, entre otros. Villoro se perfila para llenar parte del hueco que ellos han dejado. Tiene una bibliografía amplia en la que destaca el cuento (*Los culpables, La casa pierde*), la novela (*Arrecife, El testigo*), las crónicas (*Safari accidental*), las columnas y artículos (publicados en el periódico *Reforma*).

Juan Villoro considera que los intelectuales se concentran en dos áreas: en la cultura y la educación, por un lado, y la política exterior por el otro. El Colegio de México, El Colegio Nacional, el Fondo de Cultura Económica, entre otras instituciones son logros de intelectuales mexicanos y extranjeros (en Concheiro, 2015: 368). Por otro lado, para Villoro, la función del intelectual debe ser “la de escribir con independencia, al margen de opiniones externas, ya se trate de una Iglesia, un gobierno, un sindicato, un partido o los patrocinadores de los medios de comunicación donde se trabaje. Es importante mantener una independencia hasta donde eso es posible, pues toda libertad es relativa” (en Concheiro, 2015: 384).

² Premio Herralde de novela en 2004, Premio Internacional de Periodismo Vázquez Montalbán en 2006, Premio Iberoamericano de Letras José Donoso en 2012

Además de mantener una independencia ante cualquier organismo, el intelectual, de acuerdo con Villoro, debe “trasladar su quehacer artístico a la discusión pública” (en Concheiro, 2015: 399), es decir, hacer partícipe a la ciudadanía en las reflexiones que realiza acerca de un tema en particular. De esta forma, un intelectual se convierte en una voz a seguir por parte de la opinión pública.

Villoro se ha dedicado a escribir acerca de la cotidianidad en México a través de crónicas y artículos periodísticos, de las actividades que hacemos día a día y que, a simple vista, no les damos gran importancia porque, en numerosas ocasiones, la damos por hecho, al verla todos los días la pasamos por alto. Juan Villoro la ve con otros ojos y con ella hace un esbozo acerca de lo mexicano.

Estudiar a los intelectuales y en especial a Juan Villoro es de gran importancia porque hará reflexionar acerca de la labor de estos pensadores. Ellos nombran y otorgan características que las estadísticas y su interpretación no nos ofrecen. Son una de las piezas más importantes en la vida de cualquier país, sin ellos nuestra historia no tendría una visión crítica y reflexiva que se necesita día con día, esa visión que hace que volvamos a ver cómo estamos actuando y viviendo en un nación en constante cambio. Del mismo modo, los intelectuales han orientado el camino a seguir en la vida pública del país. En los últimos años, las reflexiones de Juan Villoro han estado en numerosos medios. Su opinión ha cobrado una fuerza importante en la historia contemporánea de México.

Cómo explicar al intelectual y a las identidades mexicanas

En este apartado se abordará cómo se analizarán los artículos y columnas del intelectual mexicano. Se eligió como base *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido* de Paul Ricoeur para analizar los artículos y columnas de Villoro. Este académico ha basado gran parte de sus investigaciones en la hermenéutica, rama de la filosofía que se ha dedicado a interpretar textos de todo tipo. Inicialmente se empezó como método para estudiar textos sagrados, sin embargo Paul Ricoeur se enfocó en estudiar, por medio de ella, discursos

literarios. La base de la hermenéutica es la interpretación, de acuerdo con el investigador José Malero, Paul Ricoeur se enfoca en recobrar, mediante interpretación, el mundo, es de decir, descubrirlo (Melero, 1993: 70).

Hay varios libros de Paul Ricoeur que abordan el estudio del discurso por medio de la hermenéutica, entre los que se encuentran *El conflicto de las interpretaciones* (1969), *La metáfora viva* (1975) o *Tiempo y narración* (1983-1985), sin embargo me parece pertinente recurrir a *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido* porque deja claro los pasos a seguir y la trascendencia de la interpretación. Además, pone especial énfasis en la hermenéutica, la cual nos acerca de una manera abarcadora y clara al estudio de un texto, se ven minuciosamente cada una de sus partes y se analiza a profundidad.

En este libro, Ricoeur da una serie de pasos para poder interpretar un texto. Muestra el círculo hermenéutico, es decir, la metodología a seguir para explicar, comprender e interpretar un fenómeno. Parte, en primera instancia, de la explicación, prosigue con la comprensión y, por último, con la interpretación. Lo que realiza Villoro en sus textos es una interpretación de los acontecimientos cotidianos, de la cultura y su trascendencia.

La explicación es el paso más básico para acercarnos a un escrito. En él, se hace constar lo que dice el texto, sin ahondarlo profundamente. Es un estudio puramente formal y estructural, donde entran aspectos tanto de estilo como de forma, es decir, el tiempo en que están escritos, el uso de signos gramaticales y del vocabulario empleado, entre otros. En este primer paso, sólo se ve al texto en sí. No interfieren otros factores.

Después entra la comprensión. Paul Ricoeur afirma que la explicación y la comprensión van totalmente de la mano. Le explicamos algo a alguien con el fin de que pueda entender. Y lo que esta persona ha entendido puede a su vez decirse a otra. Así, la comprensión y la explicación tienden a superponerse y a invadirse una a otra. En la explicación, nosotros discutimos y argumentamos la gama de proposiciones y sentidos, mientras que en la comprensión, entendemos o

captamos como una totalidad la cadena de sentidos parciales en un solo acto de síntesis (Ricoeur, 2014: 84).

El académico francés nos pone en relieve lo mencionado anteriormente: la explicación va ligada con el entendimiento de los discursos de la cultura, mientras que en la comprensión se entrelaza la explicación con otros elementos. Por ejemplo, la explicación de un artículo de Juan Villoro sería qué es lo que nos dice: en su texto “¿Aquí venden lupas?” la explicación sería: unas mujeres que van de casa en casa vendiendo lupas, Juan Villoro le parece extraño este comercio. Ahora, la comprensión del texto sería: Al momento de escribirlo, Villoro había regresado de un largo viaje por Europa, al encontrarse con estas mujeres recuerda que en México hay comercios poco convencionales y que, las lupas, otorgan singularidad al país, la cargan de identidad.

Se ha decidido estudiar artículos y columnas de Juan Villoro porque nos muestran las identidades mexicanas desde la cotidianidad. Siguiendo con la hermenéutica y los pasos que nos da Paul Ricoeur para interpretar un texto, los elementos que servirán de apoyo para comprender los artículos de Villoro serán, en primera instancia, toda la tradición intelectual mexicana, es decir, todos los textos escritos acerca de la identidad y la mexicanidad.

Asimismo, es de gran relevancia la biografía de Villoro, con ella se pueden comprender con mayor profundidad las afirmaciones, ejemplos y anécdotas que ha escrito. Las columnas y artículos elegidos para el análisis provienen de ejemplos de la vida cotidiana, de experiencias que el escritor ha tenido o que algún amigo o conocido le han contado. Como el caso del artículo “¿Aquí venden lupas?”

Otro aspecto fundamental es conocer el momento histórico y social en el que ha vivido. Villoro escribe acerca de la vida contemporánea de México, aborda las problemáticas actuales sin dejar de lado el peso de la historia. Entre más se profundice en los niveles de lectura, el análisis de los textos será más preciso, coherente y tendrá una mayor cantidad de elementos que le den sustento a la investigación.

Bajo esta metodología, se puede afirmar entonces, que la explicación y la comprensión están en constante diálogo, no se pueden separar, tienen vasos comunicantes y se apoyan una con otra. Al respecto, Paul Ricoeur dice que “la polaridad entre la explicación y la comprensión en la lectura no debe ser tratada en términos de dualidad, sino como una dialéctica compleja” (2014: 86). Un diálogo constante entre el estudio formal y la comprensión de los artículos y columnas de Villoro harán que el análisis sea más robusto y riguroso.

De acuerdo con Paul Ricoeur, entre la explicación y la comprensión existen algunas diferencias: cuando hay una verificación empírica o leyes para descubrir hechos, explicamos. Por otra parte, la comprensión viene de la mano de las ciencias humanas, en las que la experiencia de otros sujetos es de suma importancia (2014: 84). Además, en las ciencias sociales la argumentación es una de las principales herramientas para construir una investigación. En el caso de Villoro, interpreta y reinterpreta las experiencias humanas, sus textos se enfocan en comprender por qué actuamos de cierta forma o tenemos ciertos hábitos que nos dan identidad. Estos elementos que nos diferencian de otras culturas y países se comprenden en el seno de la cultura.

La pregunta: “¿Qué me quiere decir esto?” juega un papel determinante. Villoro nos hace la invitación a reflexionar y a voltear a ver de nuevo algún aspecto de nuestra vida o una situación en particular por la que esté pasando el país. Del mismo modo, incita a darle importancia a los otros, es decir, a la gente con la que convivimos cotidianamente, a reflexionar en la forma en la que actúan y se relacionan con los demás. En esos aspectos, sale a relucir las identidades mexicanas.

Después de la explicación y la comprensión, se culmina con la interpretación. Este es el paso más complejo, es donde los dos primeros pasos entran en constante diálogo y además se entrelazan con los conocimientos y la experiencia que tiene el investigador acerca del texto que está investigando. La interpretación puede ser aplicada, no aun caso particular de comprensión, sino al proceso completo que engloba la explicación y la comprensión. La interpretación es vista como la dialéctica de la explicación y la comprensión (Ricoeur, 2014: 86).

Para Ricoeur, la interpretación es “la comprensión aplicada a las expresiones escritas de la vida” (2014: 85). Es decir, cuando el investigador se asimila en el texto, se apropia de él y le revela un aspecto de la vida. En este caso, los artículos y columnas de Villoro nos permitirán descubrir y revelar otra cara de las identidades mexicanas. La visión de uno de los intelectuales mexicanos vivos más relevantes.

La interpretación llevará, en última instancia, a formular nuevos conceptos acerca de tema que se esté investigando. Por lo tanto, este ensayo nos conducirá a formular nuevos conceptos acerca de las identidades mexicanas con base en los artículos y columnas de Juan Villoro.

Se eligieron como base 16 artículos, en los cuales se identificaron las siguientes categorías: gastronomía, fiesta, amabilidad y superstición. Tras realizar un análisis empírico de los textos, nos dimos cuenta que para Juan Villoro, estos rubros son claves para entender las identidades mexicanas, la mayoría de los mexicanos nos identificamos con los alimentos que comemos, las fiestas a las que acudimos, la amabilidad y las creencias que tenemos. En su conjunto forman parte de las marcas identitarias de los mexicanos.

Estos textos, en su conjunto, reflejan las reflexiones, análisis y opiniones que tiene Villoro acerca de las identidades mexicanas. Por otro lado resume parte de su trabajo periodístico que abarca de finales de la década de los noventa hasta alrededor de 2012, aunque cabe destacar que, hasta la fecha, continúa escribiendo semanalmente en el periódico *Reforma*. Todos los textos elegidos se encuentran recopilados en *¿Hay vida en la tierra?* (2012), antología de artículos periodísticos de Juan Villoro. En el siguiente cuadro se especifican los artículos elegidos y el tema que abordan.

Artículo	Tema
1. "¿Aquí venden lupas?" (13)	Regresar a México y sentir la extrañeza de lo cotidiano. Singularidad
2. Invitación a llegar tarde (26)	Impuntualidad. Todo hay que posponerlo. Alegoría de llegar tarde con el progreso del país. Crónica de lo que pasa en una reunión casual.

3. Batallas perdidas con el frío (65)	Comida. Remedios mexicanos para controlar el frío
4. "Aquí es Texcoco" (73)	Superstición. El mexicano y su relación con ella
5. La mexicana alegría (82)	Alegría, fiesta, felicidad.
6. El paso 8 (90)	Perdón, arrepentimiento en mexicanos
7. Amigos estadísticos (98)	Estadísticas. Discriminación entre mexicanos
8. "¡Te vas sin despedirte!" (158)	Amabilidad
9. El teléfono es muy frío (188)	Comida como principal medio de comunicación
10. No hay que ser (222)	Amabilidad, risa
11. La identidad en fuera de lugar (229)	Identidad nacional. Justicia, fiesta
12. Los que hacen puré (291)	Navidad, comida
13. ¿Dejo propina? (341)	Propina contrastada: Japón / México
14. Se me olvidó otra vez (371)	Música. Apología del mariachi.
15. Utilidad del paraguas (398)	Relación del mexicano con objeto cotidianos. Dan identidad. Las molestias de descansar (22)
16. La despedida como poema épico	Reuniones. Fiesta Anfitriones y forma de zafarte de ellos.

Estos textos se apoyarán de otros artículos del mismo autor y de otros estudios y ensayos para enriquecer la investigación. Para resumir, se partirá primero de la explicación para llegar a la comprensión. Una vez teniendo estos dos elementos se procederá a la interpretación de cada de las categorías referidas. A partir de las conclusiones a las que se haya llegado de cada categoría se procederá a realizar una conclusión abarcando todas las categorías; es decir se llegará a la última instancia de la interpretación: a la formulación de nuevos conceptos de las identidades mexicanas y a responder finalmente qué significa ser intelectual hoy día en México.

2. ¿Quién es Juan Villoro?

Juan Villoro es heredero de la escuela de los grandes intelectuales mexicanos: Alfonso Reyes, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, entre otros. Durante San Miguel de Allende Writers Conference 2014, congreso internacional

de escritores celebrado en San Miguel de Allende año con año, Villoro participó con una conferencia acerca de la Ciudad de México. Durante la plática, reflexionó acerca de la enorme cantidad de gente que vive en la ciudad, de las principales calles, de la comida y de la vida cotidiana. Los organizadores del evento lo presentaron como un intelectual ejemplar y una voz que hay que seguir, es un referente de la historia contemporánea de México, nos vislumbra con sus textos y opiniones un camino posible a seguir.

Es complicado encontrar en México un tema público en donde no se escuche la voz de Villoro. En los años recientes ha sido entrevistado en numerosas ocasiones para saber su opinión acerca del tema que esté en boga; ha participado en programas culturales de Tv UNAM y Canal 22, del mismo modo en medios con línea más política como *Sin Embargo* o *La Jornada*. Ha ganado varios premios que lo han catapultado como un escritor de talla internacional, entre ellos se destacan: Premio nacional de Periodismo Cultural "Fernando Benítez" (2013), Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (2012), Premio internacional de Periodismo Rey de España (2010), Premio Internacional de Periodismo Vázquez Montalbán (2006), Premio Xavier Villaurrutia (1999), entre otros. Además es miembro del Colegio Nacional, donde se encuentran los científicos, pensadores y escritores más notables del país.

Desde su nacimiento (septiembre 1956), Villoro ha estado rodeado de intelectuales. Su padre es el filósofo Luis Villoro, quien fue parte del grupo Hiperión, uno de los grupos filosóficos más importantes del siglo XX en México. Junto a Emilio Uranga, Jorge Portilla, entre otros, Luis Villoro se dedicó a estudiar el ser del mexicano (*Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950; *Creer, saber, conocer*, 1982). "Cuando era niño no sabía muy bien cuál era el trabajo de mi papá. Él me había dicho que a filosofía se dedica a buscar el sentido de la vida, pero eso es muy vago. Era algo abstracto, me costó trabajo entender esto" (Villoro, 2016c). Luis Villoro sembró una variedad de ideas en su hijo a muy temprana edad, el fruto de esos pensamientos se fue dando paulatinamente. Primero pensó en ser futbolista y justamente de ahí vino el gusto por la palabra. Antes del gusto por escribir o leer, estuvo el gusto por la palabra; su primer gran

acercamiento con ella fue con las crónicas futbolísticas de Ángel Fernández, un narrador quien, para Villoro, reinventó el fútbol mexicano (Villoro, 2011).

Hernán Lara Zavala, escritor mexicano, menciona a propósito de la familia de Villoro: “viene de una estirpe intelectual, como Mozart. Tenía el genio en la cabeza gracias a sus padres. Su padre fue un gran intelectual y su madre una extraordinaria psicoanalista. Eso no le quita ningún mérito, ha llevado su carrera independientemente” (en Villoro, 2016c). De la misma manera, Elena Poniatowska dice: “su padres son muy inteligente. Está abocado a leer y a escribir; es un intelectual en todo el sentido de la palabra. Es uno de los integrantes del Colegio Nacional, la máxima aspiración de todo intelectual” (en Villoro, 2016c).

A la salida de España, Luis Villoro tuvo una etapa difícil en México. “Mi padre tuvo un primer encuentro muy duro con México y luego encontró, a través del mundo prehispánico y de las ricas tradiciones de México, una posibilidad de querer a este país. Estudió el indigenismo en México” (Villoro, 2016c). Se convirtió en uno de los intelectuales más importantes en estudio de los pueblos indígenas mexicanos, tuvo una amplia correspondencia con el Subcomandante Marcos y estuvo muy interesado en el movimiento zapatista.

Por el lado de su madre, Estela Ruiz, Juan Villoro ha afirmado que es una mujer muy emocional, sensible y cercana a él. Estudió letras y en algún momento pensó en ser escritora. La vocación literaria de Villoro viene mucho de ella (Villoro, 2016c). Estela Ruiz nació en Yucatán, escenario de parte de la obra de Juan Villoro, de este estado busca hacer vínculos con la tradición y renovarla a partir de lo que somos actualmente. “Tengo un libro de viajes por Yucatán (*Palmeras de la brisa rápida: un viaje a Yucatán*, 1989), donde trato de recuperar mi origen personal, porque es la tierra de mi madre y de mi abuela materna, pero también el Yucatán contemporáneo” (Villoro, 2016c). Sus padres se separaron cuando era un niño. “Vengo de dos separatistas, mi padre de Cataluña, mi madre de Yucatán. No es casual que se hayan divorciado pronto porque ambos eran independistas” (Villoro, 2016c).

En su infancia, Juan Villoro estudió en el Colegio Alemán. “A los cuatro años me encontré ante una disyuntiva que decidió mi vida. En el Colegio Alemán

de la Ciudad de México fui sometido a una prueba que no recuerdo pero que provocó que yo quedara en el Grupo A, es decir, en el de los alemanes. Durante nueve años sólo llevé una materia en español: Lengua Nacional” (Villoro, 2016b). La escuela logró que el conocimiento le pareciera una insuperable forma de la dificultad. Su mi primer idioma leído y escrito fue el alemán, saber algo significaba saberlo en extranjero. Esta educación extravagante tuvo como resultado que nada le gustara tanto como el español (Villoro, 2016b). Esta es otra de las razones por las cuales Villoro ha estado tan cercano a las letras.

Entre las vacaciones de la primaria y la secundaria Villoro leyó *De Perfil*, novela de José Agustín, en la cual se sintió identificado, el personaje vivió cosas muy parecidas a las de Villoro. Después de leerla escribió impulsivamente su primer cuento. A partir de ahí ingresó a varios talleres literarios, estuvo en el de Miguel Donoso, escritor ecuatoriano, en la Torre de Rectoría de la UNAM. Más adelante asistió al taller de Augusto Monterroso en la Capilla Alfonsina (Villoro, 2011). En sus primeros años sólo escribió cuentos, después se aventuró a escribir crónicas y novelas.

Villoro se formó académicamente durante y años después de 1968, un momento de múltiples cambios políticos y sociales en México, de movimientos estudiantiles. “La incorporación de mi generación fue bastante cordial”, dice Villoro, “cuando llegamos a la preparatoria y posteriormente a la universidad, nos encontramos en un país que ya no tenía un Estado represor, sino que era un país que ofrecía becas para los jóvenes” (en Concheiro, 2015: 371). En entrevista, Juan Villoro menciona que su generación se definió más por individual que por lo colectivo, una de las posibles razones es por una esperanza de cambio que no prospero en los movimientos del 68. “Mi generación, la de los nacidos en los cincuenta, es una generación hondamente individualista”, dice. (Villoro en Concheiro, 2015: 371).

Estudió Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, formación que le permitió reflexionar acerca de “lo mexicano”. De esta Universidad, Villoro menciona que “la UAM procuró que hubiera un intermedio entre la educación de excelencia privada y la educación pública de la UNAM” (en Concheiro, 2015: 374).

Además fue agregado cultural en la Embajada de México en Berlín Oriental, dentro de la entonces República Democrática Alemana, de 1981 a 1984. Sin embargo, no fue el trabajo que deseaba: “me di cuenta que ésa no podía ser mi vocación, porque no tengo madera de funcionario ni de diplomático” (Villoro en Concheiro, 2015: 384). Villoro nace y vive en este círculo y en un México que iba en el camino de una idealizada modernización. Por otro lado, también vive su juventud en una efervescencia cultural palpable, se comenzaron a multiplicar los talleres literarios y los centros de saber (Llanes, 2012: 18).

Condujo el programa “El lado oscuro de la luna” en Radio Educación de 1977 a 1981; la música ha sido parte esencial en su obra. Este programa ha sido uno de los mejores en la historia de la radio en México, además surgió en un momento donde la música alternativa no tenía tanta difusión. “En un país en donde los jóvenes de la época sufrían gran represión para poderse expresar, tanto por parte del gobierno como de otras instituciones, como la familia y la escuela, el “Lado oscuro de la luna” significó un espacio de expresión para muchos jóvenes. En la radio se extraña un programa como éstos”.³ De este periodo, Villoro recuerda: “Yo trabajé en Radio Educación. Tuve la suerte de que uno de mis directores fuera Miguel Ángel Granados Chapa, uno de los grandes periodistas que ha tenido este país. Fue una estación que se convirtió en un espacio de Estado y no de gobierno” (en Concheiro, 2015: 378).

También escribió la columna "Autopista" en *La Jornada Semanal*, de 1995 a 1998; "Domingo breve", en el mismo suplemento, de marzo de 1998 a diciembre de 1999. Cabe destacar que fue director de este suplemento entre 1995 y 1998, de este trabajo, recuerda: “traté de hacer un suplemento que tuviera una dignidad cultural e intelectual diferente y respondiera a una gran pluralidad de voces [...]. Fue una experiencia muy rica, pero también muy desgastante y muy difícil [...]. No tengo temperamento de director, sino de colaborador” (en Concheiro, 2015: 386).

Más adelante escribe "Días robados" en *Letras Libres* de 2001 a 2004. Desde 2004 colabora en el periódico *Reforma*. En sus textos ha escrito de la vida cotidiana: "Los misterios de la vida diaria pueden ser tema periodístico" (Villoro,

³ Entrevista realizada al Mtro. Lenin Martell, Ciudad de México, 27 de julio de 2016.

2012: 9), bajo esta premisa, Villoro ha reflexionado acerca de las comidas familiares, de la música, del deporte, entre otros rubros.

Estos escritos son un retrato de la vida mexicana. Muchos de ellos más que un artículo periodístico, donde vierte una opinión, son ensayos narrativos basados con datos y elementos literarios. Villoro no pierde en cuenta que se trata de periodismo, es decir, de hechos reales. "La veracidad de los textos no importa en un sentido social o político, sino como el retrato íntimo de lo que ocurre" (Villoro, 2012: 11).

Villoro nos acerca a las entrañas de lo sucede en la vida cotidiana de México y nos da un reflejo de cómo somos y la forma en la que vivimos.

3. Los antecedentes de Juan Villoro

A inicios del siglo XX, México transitaba por un cambio político y social determinante: La Revolución Mexicana. Fue uno de los momentos históricos donde los intelectuales tomaron una fuerza relevante. Dentro de la batalla estaba latente la pregunta: ¿quiénes somos? Buscar la identidad de lo mexicano se convirtió en un bastión a seguir en un periodo donde la lucha por el poder acaba con miles de vidas. Para este caso, se retomaron las ideas de algunos intelectuales del siglo XX que reflexionaron acerca de las identidades mexicanas.

El papel que han jugado los intelectuales en la vida pública de México ha sido determinante. Sus análisis y explicaciones han hecho que volteemos a vernos desde otra perspectiva, ellos han sido capaces de ir más allá de las estadísticas y los discursos oficiales. Han reflexionado desde una postura crítica momentos importantes en la vida contemporánea de México. Sus opiniones son capaces de formar un criterio en una porción amplia de la población y además dan un camino a seguir en la vida pública del país.

Ezequiel Chávez, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México en los años veinte, fue uno de los primeros intelectuales en escribir acerca de la identidad del mexicano. A inicios del siglo XX publica *La sensibilidad del mexicano* (1901), donde retoma la figura del indígena y el mestizo. Por el lado del indígena

lo posiciona como una persona con viejas tradiciones y sin cultura, después pasa con el mestizo vulgar, una persona burlona y que ama a su patria. Finalmente aborda al mestizo superior, el cual es idealista, reflexivo y muy culto. Con estas tres distinciones reflexiona acerca del carácter y la sensibilidad del mexicano en los primeros años del siglo XX.

José Vasconcelos fue otro de los principales pensadores que se aventuró en explicar a los mexicanos. Cuatro años después de finalizada la Revolución Mexicana publica *La raza cósmica* (1925), en este texto exaltó el mestizaje, vaticinó que en México y América Latina surgiría una civilización universal hecha con el genio y la sangre de todos los pueblos. Retomar la figura del indígena fue una tarea esencial en el trabajo de Vasconcelos, la mezcla entre el indígena y el español sería determinante en la formación de un nuevo humano, capaz de resolver los problemas que en esos años México y América Latina estaban pasando.

Más adelante, en 1934, el filósofo Samuel Ramos publica *El perfil del hombre y la cultura en México*, aquí discurre acerca de la figura de los mexicanos después de la Revolución, se ve escéptico acerca de la sociedad industrial y establece que después de la batalla de 1910 sienten un sentimiento de inferioridad a causa de las constantes batallas y cambios de poder que han sucedieron en poco tiempo. El concepto de inferioridad tuvo un peso relevante en varios textos que se publicaron después. Sin embargo, Roger Bartra en *La jaula de la melancolía*, afirma que los conceptos de Ramos están caducos.

Según Samuel Ramos “el mexicano padece un complejo de inferioridad, por lo que huye de la realidad y busca refugio en la ficción” (en Bartra, 2007: 101). El mexicano se ha encontrado históricamente enfrentado a una contradicción: una gran desproporción entre lo que quiere hacer y lo que puede hacer, la que lo lleva inevitablemente al fracaso y al pesimismo. Por esta razón, el mexicano desconfía de sí mismo y es asaltado por un sentimiento de inferioridad. A lo largo del siglo XX este concepto fue determinante en las reflexiones acerca de lo mexicano. Roger Bartra opina al respecto: “Está describiendo un arquetipo sociocultural que se caracteriza por su primitivismo” (2007: 103), se trata de un concepto anquilosado y

simplista. El concepto de inferioridad se puede rastrear hasta *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, quien dice: “en el fondo del sentimiento de inferioridad yace la soledad; de allí que el mexicano se proteja de la realidad con múltiples máscaras” (en Bartra, 2007: 101).

Los conceptos que aportaron Vasconcelos (mestizaje) y Ramos (inferioridad) fueron esenciales en la conformación de las identidades mexicanas de la primera parte del siglo XX. Hemos cargado con el mestizaje desde épocas de la colonia, a veces parece un lastre y en otras en un símbolo de orgullo. El mestizaje es unión, comunión, comunicación entre dos mundos, entre dos formas de ver el universo. Los mexicanos no tienen sólo dos, tienen múltiples y muchas de ellas están basadas en un sentimiento de inferioridad. El discurso se sigue repitiendo: lo extranjero lo percibimos más importante, inteligente, sabio y relevante. Se contrasta con lo nacional y, en muchas ocasiones, se le enaltece tanto que se deja a un lado lo que hay, lo que se hace y se piensa en México.

A la mitad del siglo XX apareció lo que es para muchos el gran ensayo acerca de la mexicanidad: *El laberinto de la soledad* (1950), del único premio Nobel de literatura mexicano, Octavio Paz. Este texto se convirtió en un parteaguas en las reflexiones acerca de la identidad en México. Retoma, por un lado, la visión de los pachucos: una persona que comparte rasgos culturales de México y Estados Unidos, donde su identidad es amorfa, no es de aquí ni de allá: es un híbrido. También dilucida acerca de las diferentes máscaras que tienen los mexicanos, es decir, de no mostrar el rostro, estar oculto tras un velo. Del mismo modo hace críticas a la inferioridad referidas anteriormente, ellas las compara con una profunda soledad que comparten todos los mexicanos. De la misma forma hace un recorrido histórico, desde la conquista hasta la mitad del siglo XX para sustentar sus afirmaciones.

Dos años después, el filósofo Emilio Uranga publica *Ontología del mexicano* (1952), de acuerdo con el escritor Javier Wimer, “constituye un punto culminante en la reflexión sobre nuestro ser nacional” (2005: 29). Este filósofo fue parte del Grupo Hiperión, una comunidad de filósofos que, a mitades del siglo XX se dedicó a estudiar lo mexicano; a este grupo también perteneció Luis Villoro, padre de

Juan Villoro. Entre otras ideas, Emilio Uranga critica el concepto de inferioridad de Samuel Ramos. Mientras Ramos se acercó a hacer una reflexión del mexicano con base en la psicología, Uranga se acerca con base en la filosofía. Y por otro lado, el filósofo mexicano se basa en ejemplos de la vida cotidiana para dar conclusiones acerca de lo mexicano. Siguiendo a Wimer, menciona que “es fundamental la contribución de Emilio Uranga a la historia de las ideas en México durante la segunda mitad del siglo XX” (2005: 32).

Dos décadas más adelante, Carlos Fuentes publica *Tiempo mexicano* (1971), donde recupera la identidad mexicana cuando el mundo se volcaba al consumismo y la influencia norteamericana abrupta, reivindica los valores nacionalistas y da una visión crítica acerca del mexicano. En este texto, se vuelca por la historia, hace un recorrido por el mundo prehispánico hasta llegar al movimiento estudiantil de 1968 y el sexenio de Luis Echeverría. La mayor parte del libro se refiere a los problemas y las esperanzas que trajeron consigo la Revolución Mexicana. Relata los orígenes de las desdichas del campesino, del obrero y del indígena mexicano.

Además de este libro, Carlos Fuentes escribió *El espejo enterrado* (1992), en donde hace una reflexión acerca de la identidad en América Latina y en especial en México, con base en el arte y la cultura. Analiza desde la influencia de España en América Latina por medio de la tauromaquia, la religión católica, el lenguaje, la arquitectura, entre otros aspectos. Además hace un recorrido por las artes plásticas de toda Hispanoamérica y diserta acerca de su repercusión en la identidad latinoamericana, en general y, mexicana, en particular. Cabe destacar que Carlos Fuentes escribió la primera novela donde la Ciudad de México se convirtió en el personaje principal: *La región más transparente* (1958), en ella retrata la vida juvenil de la mitad del siglo pasado. El lenguaje que utiliza se asemeja fielmente a la forma en la que hablaban los jóvenes de la época. Se trata de una de las novelas mexicanas más importantes del siglo XX.

Otro gran intelectual ha sido Carlos Monsiváis, quien ahondó profundamente en la cuestión del nacionalismo y del ser mexicano. Es mordaz y agudo en mucha de sus críticas. Sus imprescindibles observaciones sobre los

estereotipos nacionales tienen un doble filo: los popularizan y los erosionan, dice Roger Bartra (2007b: 295). En sus crónicas, Monsiváis se internó en otra cara de los mexicanos: la de los outsiders, aquellos grupos que no eran vistos por la mayoría de los intelectuales, como los jóvenes que le gustaba el rock, las pandillas, los barrios bravos de la Ciudad de México. Monsiváis fue el escritor de la calle, fue quien retrató la vida cotidiana de la segunda mitad del siglo XX.

Todos los intelectuales mencionados han sido parte fundamental en la formación de un concepto de mexicanidad o mexicanidades. Su importancia tanto en la vida intelectual y pública no se puede dejar de lado; son referentes obligados y parte esencial en la formación de ideas y reflexiones acerca de nuestra realidad. Tanta es su importancia que algunos de ellos han sido tomados en cuenta para un cargo público, como José Vasconcelos siendo secretario de educación u Octavio Paz como embajador de México en la India. También es necesario mencionar que algunos de sus trabajos no son considerados como académicos, son ensayos libres, crónicas o reflexiones acerca de lo que ven, oyen y leen. Sin embargo ha sido de notable importancia en la vida que se citan y se revisan en trabajos académicos.

Bajo esta línea, Juan Villoro ha escrito y reflexionado acerca de lo que significa ser mexicano hoy día. Los intelectuales antes mencionados son influencias que han marcado su prosa. Sin embargo, a diferencia de los grandes intelectuales mexicanos del siglo XX, quienes buscaban un concepto abarcador de la identidad con todos sus matices, Juan Villoro se vuelca por el lado contrario: “detesto cualquier idea reductora de la identidad nacional” (Villoro, 2016b). En sus artículos, crónicas y reflexiones no hace definiciones totalizadores, se va más bien por mencionar aspectos de vida cotidiana y con base en ellos, muestra una cara de la identidad nacional. Sabe muy bien que los mexicanos no son iguales, “aunque nos parezcamos unos a otros como granos de maíz, carecemos de un contenido transgénico que nos unifique. La idea de una identidad se ha vuelto obsoleta” (Villoro, 2005: 39).

Además de los intelectuales antes mencionados, es importante mencionar el trabajo que ha hecho su padre, el filósofo Luis Villoro, quien hizo importantes

trabajos acerca de la nación, el nacionalismo y la identidad. Puso especial énfasis en el caso mexicano. Retomar estos conceptos son de gran importancia porque son la base para reflexionar acerca de lo mexicano. Como ya se ha mencionado, Luis fue uno de los filósofos más importantes del siglo XX en México, perteneció al Grupo Hiperión, un grupo de profesores y alumnos de la Universidad Nacional Autónoma de México que tuvieron actividad entre 1948 y 1952.

Además, Luis Villoro fue parte fundamental en la formación de su hijo: Juan Villoro estudia Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana porque su padre estaba al mando de la división de Ciencias Sociales y Humanidades. Juan Villoro afirma que su padre “creó una especie de utopía del saber, una ciudad del conocimiento, que era su gran obra en vida [...]. Hubiera sido una traición familiar no entrar a esa universidad” (en Concheiro, 2015: 384). Luis Villoro recorrió América Latina buscando intelectuales para que vinieran a a vivir y enseñar a México; de acuerdo con Concheiro, creó una Universidad con un rigor académico notable.

La formación en Sociología que tuvo Villoro repercutió en parte de obra. Se ha preocupado por reflexionar acerca de los fenómenos sociales, partiendo de grupos o los individuos. Su padre y el círculo en que se desarrolló en su juventud sembraron en él una profunda afición por la sociedad.

Luis Villoro escribió *Estado plural, pluralidad de culturas* (1999), donde recopila varios ensayos y conferencias en los que dilucida los conceptos de nación, nacionalismo, identidad y mexicanidad. Villoro parte con el concepto de nación; afirma que los humanos han buscado rasgos comunes que los unan. Vivir en comunidad es uno de los elementos inherentes de todas las personas, de ahí proviene la nación: juntar las características que diferencian un grupo de otro. Luis Villoro afirma que “una forma de vida común se expresa en la adhesión a ciertos modos de vivir y el rechazo de otros, en la obediencia a ciertas reglas de comportamiento, en el seguimiento de ciertos usos y costumbres” (1999: 14).

A partir de ellos surge lo que comúnmente se ha llamado cultura, es decir, aquellas invenciones que ha hecho el hombre en su comunidad para darle cohesión y sentido a su vida: “lengua común, objetos de uso, tecnología, ritos y

creencias religiosas, saberes científicos, instituciones sociales, reglas consensadas y rituales cívicos que mantienen y ordenan el comportamiento colectivo. Una nación es, ante todo, un ámbito de cultura”, menciona Luis Villoro (1999: 14).

La nación va de la mano con el nacionalismo, es decir, la exacerbación de las características que nos distinguen de otro grupo. Según el filósofo Luis Villoro, “en todo nacionalismo hay una tendencia a identificar la nación como algo que ella tiene y los demás no poseen. Puede ser una propiedad natural: un territorio sagrado, un antecesor animal o mítico. O bien, simplemente la cualidad de ser los únicos hombres [...]. Puede tratarse de una propiedad histórica, una misión, un destino” (1999: 36). En México hay varios rasgos distintivos, está el caso ya mencionado del territorio sagrado: La Ciudad de México puede simbolizar el axis mundo, es decir, la ciudad como el centro del universo. Así lo creían los antiguos mexicanos, sin embargo aunque esté pensamiento no tiene la misma fuerza en nuestros días, la capital sigue siendo el centro político, social y cultural de todo el país. Además del territorio hay otros rasgos, como los héroes nacionales, la comida, las tradiciones, la religión, las supersticiones, etcétera.

La identidad es un concepto fuertemente ligado con la nación y el nacionalismo, es el fruto de ellos. Son las particularidades que tiene un grupo que lo hace diferente a los demás. Así como la nación, la identidad también proviene de vivir en comunidad. “Todos nacemos y alcanzamos nuestra identidad en el seno de comunidades vivida en las que estamos insertos. Vivimos en ellas de manera natural, sin habérselo siquiera propuesto, a ellas pertenecemos en nuestra vida cotidiana” (Villoro, 1999: 36-37). La identidad se adquiere de manera natural, crecemos con ella, no hay manera de zafarse. ¿Por qué tanta preocupación por encontrar la identidad del mexicano? Seguimos estando en busca de ella, no ha existido una reflexión que convenza a la mayoría. Esto tal vez porque los mexicanos somos muy diferentes entre nosotros mismos en diversos aspectos, desde religión, pasando por lo económico, hasta nuestros gustos musicales. Una identidad única tendría algunos puntos débiles, hablar de identidades sería lo más conveniente: aunque todos somos mexicanos,

dependiendo al grupo al que pertenezcamos, los rasgos identitarios son diferentes. Sin embargo, todos compartimos aspectos en común.

La identidad es algo que puede faltar, ponerse en duda, confundirse. Su ausencia atormenta, desasosiega (Villoro, 1999: 64). Sin identidad no sabemos quiénes somos, es como no tener nombre o país, es ir a tientas. Identificar nuestra identidad sería sinónimo de seguridad y de paz interior; tiene una fuerte carga de valor. “La búsqueda de una identidad colectiva aspira a la construcción imaginaria de una figura dibujada por nosotros mismos, que podamos oponer a la mirada del otro” (Villoro, 1999: 67). Aquí entra otra discusión, ¿se busca la identidad para nosotros mismos o para los otros? ¿Queremos alcanzar la identidad para estar en paz y tener seguridad o para que los otros (países, comunidades, etcétera) nos perciban con mayor seguridad y respeto? Es un poco de las dos, encontrar nuestra identidad, en primera instancia, nos llevaría a comprendernos de diferente manera, nos llevaría a reflexionar de manera más profunda porqué actuamos y pensamos como lo hacemos. Sería, en general, un ejercicio de introspección. Por otro lado, viendo hacia fuera, es decir, volteando a ver los otros, nuestra identidad es sumamente esencial.

Para Luis Villoro, un aspecto fundamental en la identidad es la cultura. La realidad colectiva de un pueblo no consiste en un cuerpo, ni en sujeto de conciencias, sino en un modo de sentir, comprender y actuar en el mundo y en formas de vida compartidas, que expresan en instituciones, comportamientos regulados, artefactos, objetos artísticos, saberes transmitidos; en suma, en lo que entendemos por cultura. El problema de la identidad de los pueblos remite a su cultura (Villoro, 1999: 66). En este aspecto, entramos otra vez en el tema de la identidad o la pluralidad de identidades. En México hay numerosas culturas, es decir, la comida típica no es la misma en el norte que en el sur, así como la música o la ropa que se utiliza. Vivimos en un país lleno de contrastes.

Luis Villoro menciona que “hay identidades de grupo, de clase, de comarca, de pertenencia religiosa, que pueden cruzarse con las de etnia o nacionalidad. En estas mismas, un sujeto puede reconocerse en varias identidades, de distinta amplitud, imbricadas en otras. En México, puede verse a sí mismo como zapoteca,

oaxaqueño, mexicano y latinoamericano al mismo tiempo” (Villoro, 1999: 70). Con esta última línea se puede ver la diversidad de identidades que puede haber en nuestro país. Luis utilizó el ejemplo del zapoteca oaxaqueño, pero podría haber puesto el de la frontera norte, el del centro del país o el yucateco. Entre toda esta diversidad, ¿existirá algo que lo una, además del territorio, la lengua, la religión, el mito o los héroes patrios? La identidad nacional nos ayudará a comprender la forma de ser y el estilo de vida de México.

4. Estilo periodístico y argumentativo

Juan Villoro afirma que “la capacidad de sintetizar en pocas palabras un tema y de conectar con la gente es muy difícil” (en Concheiro, 2015: 401), sin embargo él lo ha logrado. Varios sectores de la sociedad se han identificado con sus textos, desde niños con sus cuentos y libros infantiles; con jóvenes por sus crónicas y artículos acerca del rock o el fútbol; con un público más crítico que se acerca a sus novelas y cuentos y, también, con el sector periodístico que se acerca a sus columnas y crónicas acerca de temas coyunturales.

Villoro dice que “es un misterio conectar con la gente. Lo importante es no tener una idea preconcebida del público, porque eso distorsiona tu valentía para crear” (en Concheiro, 2015: 403). Juan Villoro es un escritor completo, que utiliza pocas palabras para englobar temas complejos. Así son las columnas y artículos que ha escrito a lo largo de su carrera, en donde en un par de cuartillas logra hablar de temas tan complejos como la pobreza o alguna injusticia social y los entrelaza con situaciones de la vida cotidiana. Vuelve sus textos más humanos y más cercanos con sus lectores.

Ha publicado en *Proceso*, *Unomásuno*, *La Jornada*, *Nexos*, *Vuelta*, *Letras Libres*, entre otros medios. Afirma que se ha formado académica y literariamente leyendo estas publicaciones. En algunos ha estado más cerca que de otros, sin embargo ha tratado de ser independiente. Esta es una de las principales cualidades de Villoro: no se ha encasillado en un sólo medio, ha buscado

encontrar espacios en diferentes publicaciones con diversas posturas editoriales. Villoro ha estado abierto al diálogo, al debate y a la confrontación de ideas.

Para Villoro “la reiteración de la opinión puede conducir a un desgaste. El intelectual está ante una amenaza continua de convertirse en una especie de merolico que puede opinar” (en Concheiro, 2015: 379). Sin embargo, aunque Villoro publique semanalmente una columna en *Reforma* y tenga espacio en otras plataformas, se guía por reflexionar de manera informada y crítica. Esto contrasta con la opinión que tiene acerca de los personajes que tienen un espacio recurrente en diferentes medios: “Creo que actualmente México es un país de opinionistas, que no necesariamente tiene que ver con el pensamiento, con la investigación y con una postura verdaderamente independiente” (en Concheiro, 2015: 379).

Una razón por la que surgen estos opinionistas es por la necesidad de decir algo acerca del tema que está en boga porque, de acuerdo con Villoro, garantizar estar presente, tener reflectores. Villoro percibe en los medios una falta de madurez para convertir en noticia lo que aún no lo es, es decir, en guiarse por los acontecimientos del momento. Se trata de un periodismo rápido, donde se premia la velocidad de la información en lugar de su reflexión.

Juan Villoro asevera que el compromiso del periodismo es con la verdad. Para él, hay dos tipos de compromiso, uno es cuando se narra un hecho público, se habla de una persona conocida y en ese caso puede y debe ser verificable. El segundo compromiso es cuando se cuentan episodios de la vida privada, que por su naturaleza es algo que no necesariamente se tiene que conocer. La privacidad de la gente es importante, la discreción acerca de algunos aspectos (Villoro, 2013).

“Un amigo mío vivió un episodio y me parece importante para la realidad de nuestra época. Narro una historia que, a su modo, resume nuestra época” (Villoro, 2013). Como lo ha dicho Villoro: los misterios de la vida pueden ser un tema periodístico, estos misterios no son más que la manera de actuar de la gente ante diferentes circunstancias. Estas minucias forman parte de la identidad mexicana, nos dan un cuadro de costumbres, es decir, una forma de ser con el mundo.

Como son aspectos de la vida privada, se toma la libertad de cambiar el nombre o ciertas características para no embaucar a algún amigo o conocido.

Cuando se escribe una crónica todo tiene que ser verídico, verificable. Todo tiene que ser comprobable. Cuando se escribe algo de vida cotidiana que incide en los aspectos de la vida íntima o privada de ciertas personas que no tiene porqué ser verificado, se permite cambiar, por ejemplo, el color de la camisa, poner un apodo, de jugar con alguna anécdota. Esto lo hace para que una historia, que resume un aspecto de nuestra época, sea más eficaz (Villoro, 2013).

En el aspecto de la crónica, Juan Villoro la ha llamado el ornitorrinco de la prosa (Villoro, 2005: 14), porque es una mezcla entre varios géneros o, en el caso del ornitorrinco, una mezcla entre varios animales. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos, y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. “La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siente animales distintos que podría ser” (Villoro, 2005: 14).

De igual forma “la crónica es la restitución de esa palabra perdida” (Villoro, 2005: 16), es decir, de la palabra de quienes no tienen voz, de los outsiders, de lo que están en la periferia de los grandes eventos. A diferencia del corresponsal de guerra, comprometido a estar cerca de una verdad a punto de estallar, el cronista puede escribir desde la incomprensión y salirse con la suya, procurar el asombro que concede la diferencia (Villoro, 2005: 17).

En este aspecto, los textos de Juan Villoro se caracterizan por darle voz a personas que, a simple vista, no podrían ofrecer una buena conversación o una opinión interesante acerca de algún tema. Villoro recupera las voces de taxistas, de peluqueros, de comerciantes, de burócratas, entre otros. En su conjunto, nos

otorgan un panorama acerca de las identidades mexicanas y, por otro lado, resalta la habilidad que tiene Villoro para contar historias de los que, en ocasiones, son poco vistos por la prensa.

Existe otro reto de los que dedican a escribir este tipo de periodismo, para Villoro “narrar lo real como un relato cerrado (lo que ocurre está “completo”) sin que eso parezca artificial. ¿Cómo otorgar coherencia a los copiosos absurdos de la vida? Con frecuencia, la crónicas pierden fuerza al exhibir las desmesuras de la realidad” (2005: 18). Las crónicas, columnas y artículos de Villoro son un relato cerrado, es decir, se asemejan a un cuento. Hace uso de herramientas de la literatura para darle mayor coherencia y ritmo a sus textos periodísticos. Esta es otra de sus cualidades: conjunta su rigor periodístico con su pasión por la literatura. Entre ambos logra crear artículos que perduran en el imaginario. Para Villoro lo difícil es que sean artículos consistentes, que perduren, que no se queden en un día (Villoro, 2016a).

Asimismo ha mencionado que el periodismo cotidiano que escribe sirve para promover la felicidad y la dicha cuando todo parece conspirar para que no sea así. “Se necesita ese periodismo para ser contestatario y reír” (Villoro, 2016a). Esto lo ha dicho en numerosas ocasiones por los sucesos de extrema violencia que ha vivido México en los últimos años. También hace uso del humor y la ironía para ver críticamente la realidad. Además, muestra un periodismo caprichoso, de tentación, es decir, no trata temas del momento.

Sus textos definen nuestra época, “parecen cosas intrascendentes, pero dicen mucho de la forma en la que vivimos hoy en día” (Villoro, 2016a). Todas ellas no dicen algo de la vida cotidiana la cual es “la más difícil de apreciar porque la das por sentado” (Villoro, 2016a). Juan Villoro se dedica a entender el mundo a través de las minucias, de las cosas pequeñas que nos suceden todos los días. Los artículos y columnas elegidos son un llamado de atención a esa vida escapadiza, aparentemente mínima, pero que constituye lo que somos. El título del libro donde están reunidas se llama *¿Hay vida en la tierra?*, Villoro eligió este título preguntándose ¿dónde quedó la vida cotidiana?

Así resume Villoro su visión acerca de la escritura: “Cuando uno escribe, inevitablemente lanza una botella al mar y no sabe si llegará a la otra orilla. Escribir es un oficio de náufragos” (en Concheiro, 2015: 402). Hemos encontrado esa botella, que nos ha hecho reflexionar acerca de las identidades mexicanas y de la importancia de los intelectuales en la vida pública del país.

5. Las identidades mexicanas en la obra de Juan Villoro

Como se ha mencionado, Villoro no se enfoca en una idea única de identidad, más bien en la pluralidad que tiene este país. En una crónica titulada “Retrato de grupo: 100 millones de mexicanos”, recopilada en *Safari accidental* afirma: “¿Realmente tenemos un alma común?, y de ser así, ¿vale la pena conocerla?” (Villoro, 2005: 38). Su objetivo no es ser totalizador, es decir, resultaría un ejercicio vano buscar una identidad única. La heterogeneidad del mexicano para él es una de sus principales cualidades. Las diferencias también unen.

En esta crónica se pregunta más adelante: “¿Será posible definir al país de los cien millones, donde diez de ellos son indígenas que hablan 62 lenguas vernáculas, al menos tres millones viven como ilegales en Estados Unidos y una cantidad incalculada nace y muere en selvas y desiertos sin dejar huella en el registro civil?” (Villoro, 2005: 38). Con estas preguntas se deja ver el propósito de Villoro: reflexionar, desde otro punto de vista, las cualidades de los mexicanos. No los define con las mismas características. Se enfoca en analizar las particularidades que tiene cada sector y cómo la cotidianidad influye en las identidades nacionales.

El artículo “La identidad en fuera de lugar” (Villoro, 2012) refleja a grandes rasgos qué cauce tienen las reflexiones de Villoro acerca de las identidades mexicanas. Afirma que a México le falta seguridad, justicia social y delanteros. Desde aquí se comienzan a ver ciertas peculiaridades de su prosa: relacionar aspectos que a simple vista parecerían completamente dispares como la justicia social y el fútbol.

Más adelante menciona: “Las fiestas, los juegos, las ceremonias y los acontecimientos sociales son un pretexto para estar juntos y comer chicharrones” (Villoro, 2012: 230). Otro aspecto en el que se ha interesado mucho es en la fiesta y la gastronomía, aspectos fundamentales en la vida de los mexicanos, los cuales se abordarán más adelante. Para enfatizar el aspecto de la fiesta dice: “nuestra idea del ciclo vital es una boda que dura hasta que tenemos que ir a una funeraria y a curarnos la cruda en un bautizo” (Villoro, 2012: 230). Aquí realza otra característica de la identidad: los mexicanos son de largo aguante, es decir, no se conforman con cinco horas de una fiesta o reunión, por lo regular quieren seguir hasta ver los primeros rayos del sol o ir como un nómada de fiesta en fiesta.

Otro punto importante en la identidad nacional es cuando hay fracasos. Villoro afirma: “Todo ágape nacional es una ceremonia del perdón: reprobamos el examen, nos corrieron del trabajo, la novia nos abandonó, rendimos menos de lo esperado, pero eso no le importa a los amigos [...]. Cuando el vencido vuelve al clan, comprueba que lo importante nunca es personal y lo colectivo siempre es grandioso” (Villoro, 2012: 230). Los amigos son los que consuelan nuestros fracasos, como menciona Villoro en otros artículos: estar chípil o cabizbajo no va con el mexicano, por lo regular debe mostrar una gran sonrisa ante cualquier situación, por difícil que sea.

Por último, dentro de este artículo Villoro expresa: somos la “cultura del aguante. Comer un puñado de chile habanero, cargar dos botellones de agua Electropura, recibir toques eléctricos o poner las manos en el comal de las tortillas no representan arrebatos suicidas sino prestigiadas formas de la entereza” (2012: 231). El mexicano busca mostrarse valiente y seguro, le gusta demostrar que puede aguantar fuertes cantidades de dolor y no quebrarse. La entereza es una cualidad de buena parte de los mexicanos.

En la mayoría de sus artículos, Villoro da un revés a lo que escribe, muestra la tesis y la antítesis. En este caso, luego de mostrar algunas de las características de los mexicanos menciona: “Las identidades no son otra cosa que ilusiones asumidas en forma mayoritaria” (Villoro, 2012: 231), es decir, todos los ejemplos anteriores se ven opacados con esta afirmación, la identidad a partir de la fiesta, la

gastronomía o la cultura del aguante están dadas porque una parte de los mexicanos asume que así somos. Pero, por otro lado, es difícil negar que esas particularidades nos dan identidad. Buena parte de mexicanos asevera que nuestros rasgos son la fiesta, la comida y el aguante.

Con este artículo se ve a grandes rasgos las características que tienen los artículos de Juan Villoro. Por un lado, no hace definiciones totalizadoras, se va por analizar aspectos específicos de la cultura mexicana y, por otro lado, muestra ciertos rasgos del mexicano con una fuerte carga de humor. El investigador Manuel de Jesús Llanes afirma que en la prosa de Villoro puede comprobarse el papel preponderante de lo cómico, puesto al servicio de una burla sistematizada del uso ideologizado de la cultura y de la identidad colectiva. Villoro contrasta con las interpretaciones totalizadoras de la cultura mexicana y sus clasificaciones (Llanes, 2012: 49).

Otra clave de los artículos de Juan Villoro es la recopilación de voces de la gente cotidiana, de las personas que a simple vista no podrían ofrecer un comentario interesante acerca de un tema. El intelectual mexicano se acerca a los hechos periodísticos desde otro punto de vista: no busca a los grandes personajes o pensadores, voltea a ver a las diferencias y convergencias que tienen los mexicanos de a pie a lo largo del país. En un ensayo titulado “La frontera de los ilegales”, Villoro continúa con la visión de que no tenemos una identidad única, afirma que en la literatura mexicana contemporánea predomina una concepción pulverizada, dispersa, múltiple, híbrida, de la identidad. “Resulta ocioso buscar el rostro primigenio e inmutable; al contrario, las diversas máscaras, de Tenochtitlan a Chiapas, de las caretas emplumadas de los Caballeros Águila al pasamontañas del subcomandante Marcos, son identidad” (Villoro, 1995: 70).

Con humor, Villoro recuerda en el artículo “Iguanas y dinosaurios. América Latina como utopía del atraso” lo que le preguntaban sus maestros del Colegio Alemán cuando era un niño “¿tu abuela se frota mariguana en las piernas?, ¿es cierto que ustedes se ríen en los velorios?, ¿alguno de tus tíos saca su pistola en las fiestas y lanza tiros de alegría?, ¿por qué las sirvientas se van sin avisar, los policías piden limosna y los plomeros aciertan en el día pero no en el mes en que

fueron llamados a una casa inundada?” (Villoro, 2016b). Y pasa continuamente: cuando viajamos al extranjero o alguien de otro país llega al nuestro, nos pregunta para cerciorarse si en México nos bebemos el tequila de golpe, si usamos sombrero de charro todos los días, si escuchamos mariachi día y noche o si comemos tacos cada tarde. México es más que eso y Villoro acierta en dejar de lado las definiciones totalizadoras de la mexicanidad.

¿Si un mexicano detesta los tacos, no toma tequila y no soporta la música del mariachi se vuelve un extranjero? ¿Si un mexicano no tiene un complejo de inferioridad, no vive encasillado en el “sí se puede” o debajo de máscaras es un ciudadano de otro país? Queda claro que esa visión de la identidad está superada, la diversidad de posturas y opiniones ha llevado a que no sólo haya una, sino una diversidad de mexicanidades.

Villoro menciona que durante el siglo XX, el retrato del mexicano fue un hombre que se refugia en el nacionalismo para sobreponerse a su aislamiento y sus complejos. Dentro de esta línea están Octavio Paz o Samuel Ramos en textos como *El laberinto de la soledad* o *El perfil del hombre y la cultura en México*. Sin embargo, Villoro retoma a Roger Bartra, uno de los últimos intelectuales en abordar la problemática de la identidad. Bartra describe este arquetipo como un mito: el mexicano en estado puro no existe (Villoro, 2005: 38). En este aspecto, se unen las ideas de Villoro y Bartra: los mexicanos son tan complejos como para encasillarlos en una par de características.

Bartra es un pensador que le dio la vuelta a las ideas del siglo XX, las critica: “El nacionalismo es una ideología que se disfraza de cultura. Hemos tenido identidad nacional en demasía, exorbitante nacionalismo, revolución desmesurada, simbolismo sobrado” (en Villoro, 2005: 38), dice Roger Bartra. Esto todavía se ve en nuestros días, la mayoría de los funcionarios públicos hacen hincapié en el nacionalismo, en enarbolar los símbolos patrios. En la vida cotidiana se observa en la gran cantidad de aficionados que tiene la selección mexicana o la gran devoción que hay hacia las figuras prehispánicas.

A pesar de las divergencias, ciertos rasgos comunes perduran, no con la grandeza de la identidad nacional, sino al modo menor de los sabores primigenios,

los malos hábitos, los orgullos que sólo a nosotros nos incumben. Por lo tanto, concluye Villoro: “La búsqueda del mexicano parece una excursión terminada” (Villoro, 2005: 43); para reafirmar esta idea, Villoro se vuelve a apoyar de Roger Bartra: “Espero que estemos ante un capítulo cerrado [de la identidad nacional]. A diferencia de otros países de América Latina, México se sacudió con una revolución muy violenta; las ruinas tuvieron que ser interpretadas en un proceso de reconstrucción de la identidad. La revolución de 1910 fue un catalizador que convocó a una personaje nacional. Así se construyó una máscara que duró el resto del siglo y que es ya innecesaria” (Bartra en Villoro, 2005: 44).

Por último, es importante resaltar otra particularidad acerca de las reflexiones de Villoro sobre la identidad. Afirma que “definirse a sí mismo es un ejercicio de comparación” (Villoro, 2005: 39). Tendemos a hacer comparaciones con otros países u otras culturas para ver cuáles son nuestras diferencias, qué nos hace singulares. Y aquí entra una discusión que Villoro lo resalta en otros artículos: la visión extranjera, en ocasiones, es más importante que la nacional. En su artículo “Buenas razones” afirma: “si un explorador de Mongolia dice un lugar común, lo oímos con atención. En cambio, descartamos la genialidad del vecino al que vemos sacar la basura en pantuflas. Lo importante siempre está lejos (de lo contrario, nosotros seríamos lo importante)” (Villoro, 2012: 123). Villoro se ha enfocado en ese vecino en pantuflas que saca la basura, es decir, en explorar la visión que tiene la gente de a pie, la cotidiana. Los misterios de la vida diaria se vuelven tema periodístico

Villoro ha explicado las identidades del mexicano a través de la gastronomía, la fiesta, la música, la superstición, la amabilidad, entre otros temas. A partir de la explicación de ellos, ha desarrollado su trabajo como uno de los intelectuales más importantes de México.

Gastronomía y unión

Uno de los temas a los que Villoro le ha puesto especial importancia es la comida. En su artículo “El teléfono es muy frío” afirma que “el principal medio de

comunicación de los mexicanos es la comida [...]. Cuando la reunión dura menos de dos horas, se declara inexistente” (Villoro, 2012: 188). Aquí entran en juego dos cosas: primero, la comida, en México, no es sólo un acto biológico, es el momento de encuentro de los amigos, la pareja o la familia. Y, por otro, Villoro considera, como buena parte de los mexicanos, que si una comida dura menos de dos horas no vale la pena. El tiempo determina el éxito de la comida, más charla en la sobremesa reditúa en la victoria de la reunión.

Hay otro aspecto sobresaliente, Villoro menciona “la comida rápida nos sume en la más aguda depresión. Comer de prisa es una derrota social. Pero hay algo que nos parece aún peor: comer a solas” (2012: 188). Sigue siendo extraño ver comer a la gente sola, por lo regular va acompañada, al menos, de una persona más. Una parte de los mexicanos no soporta la idea de comer a solas, ¿con quién platico mientras como?

En México, los alimentos representan unión, donde se comparten, además de comida, charlas y opiniones. Las conversaciones fluyen de manera más fructífera cuando hay de por medio un guiso sabroso. Quien come solo no puede acceder a ese tipo de pláticas. La comida solitaria es fruto de la rapidez del momento y del poco tiempo que se tiene para relajarse, ya sea por el trabajo o alguna responsabilidad.

Más adelante, dentro del mismo artículo, Villoro dice: “los países extranjeros significan para nosotros la región infausta donde un hombre almuerza a solas y parece muy contento. Para ponernos a salvo de esa extravagancia, somos sociables hasta el desastre” (2012: 189). Aquí sobresale la afirmación “definirse a sí mismo es un ejercicio de comparación”. No podemos ser como otros países en donde son muy antipáticos en la comida, nuestra cualidad es compartir siempre los alimentos, ya sea con una persona más o hasta una reunión con un gran número de gente o, incluso, a reunir a toda una ciudad o un país, como en los festejos patronales o las fiestas patrias.

Por otra parte, cuando tenemos visitas del extranjero, una de las principales actividades que se realizan con ellas es ir a comer algo característico de México: mole poblano o chile en nogada. Se explica a detalle el platillo y el connacional no

deja de hablar de la trascendencia de los ingredientes o la manera en que se realizó. La comida es sinónimo de identidad y, además, de orgullo.

Durante las reuniones, donde la comida es el elemento central, Villoro reflexiona: “consideramos que la buena educación lleva a comer varias veces de todo (quien no repite, ofende), y estamos convencidos de que el primero que se pone de pie es un patán” (2012: 190). Y claro, a la mayoría de los mexicanos le ha pasado que cuando se encuentran en una reunión donde el pozole o las enchiladas poblanas son los elementos centrales y no piden una segunda ración, los anfitriones se quedan con la impresión de que no les gustó. Y, por otro lado, ser los primeros en irse de la comida resulta, para algunos, de mala educación.

Otra vertiente que tiene la comida es que, durante ella, se fraguan decisiones importantes. Al respecto, Villoro menciona que “la comida es una forma de la eficacia. La única manera de llegar a un acuerdo (ya sea afectivo o personal) consiste en compartir la mesa del tequila al pluscafé [...]. Comer es una operación simbólica que lleva a acuerdos y a desavenencias sin pronunciar palabra” (2012: 190). En México sabes si te van a contratar, a dar un ascenso o a proponerte matrimonio si hay comida de por medio.

Al final de este artículo, Villoro ironiza con el título que le dio. Se trata de una canción que suena en los restaurantes, que ha interpretado Miguel Ríos: “El teléfono es muy frío”. Por otro lado, la comida siempre es caliente, comunica. Asimismo, la comida nos acerca a una base de nuestra identidad: nuestra casa. Los platillos que realiza nuestra madre, tía o abuela son pieza fundamental de las mexicanidades. Es común escuchar decir “tal platillo no está tan bueno como el que hace mi mamá/abuela”. La comida nos da una parte de la identidad nacional, pero también de la identidad personal, en cada familia hay un guisado típico que se realiza año con año.

Las bebidas son un aspecto fundamental en la gastronomía nacional. Aunque las más sobresalientes son el tequila o el mezcal, Juan Villoro se dedica en reflexionar acerca de otra bebida característica de la gastronomía mexicana navideña: el ponche. En “Batallas perdidas con el frío”, Villoro afirma que “en México el mejor sistema de calefacción es el ponche. Nuestros hogares son tan

gélidos que si uno abre la puerta, se enfría la calle” (2012: 65). Durante el invierno, los hogares mexicanos se llenan de visitas y de diversas frutas para realizar esta bebida característica de esta temporada del año.

Además del ponche y las bebidas alcohólicas, el jugo de naranja, los raspados, las diferentes agua de sabor, entre las que destacan la limón, jamaica y horchata, el café de Chiapas o Veracruz, son bebidas que forman parte de las identidades mexicanas. Cada bebida tiene una fuerza especial dependiendo la época del año o la hora del día. Para refrescarse un agua de coco o para calentarse un café de olla. Las bebidas son un elemento predominante en la gastronomía nacional.

En “Los que hacen puré” otro artículo de Villoro, analiza la cena navideña, un momento donde la comida es el eje central. Hay guisados especiales y suficiente comida para el recalentado y los días siguientes. Villoro afirma que “la Navidad es la temporada providente en que se sufre para ser feliz” (2012: 291), aunque la comida nos haga daño porque no acostumbramos a comerla durante todo el año, siempre tenemos una sonrisa. En “Pavo huido”, otro artículo, Villoro afirma que “ver un pavo horneado es un triunfo de utilidad: garantiza fiesta” (Villoro, 2012: 330) y agregaría, fiesta para varias horas. El pavo se ha convertido en un elemento clásico del mes de diciembre. En este aspecto, Villoro reflexiona que “como suele ocurrir con los procesos coloniales, pasamos de a indiferencia a una resignada asimilación y de ahí a considerar que una Navidad sin pavo era como un nacimiento sin Niño Dios” (2012: 330).

De forma irónica, Villoro analiza y crítica la forma en la comen los mexicanos en diferentes aspectos. En este último aspecto, critica la forma en la que platillos de otras latitudes del mundo se han internado en la vida nacional de manera natural. El pavo, por ejemplo, es un elemento tradicional ya de las cenas navideñas.

La comida, por otro lado, es un medio de comunicación, se necesita la presencia de otras personas para que los alimentos tengan un sabor más sabroso. Además, desairar la comida de los otros es una ofensa mayúscula en la tradición mexicana. Del mismo modo, la comida es un encuentro donde suceden decisiones

importantes, como la unión de dos personas. Cada época del año tiene sus propios alimentos y, como Villoro afirma en su artículo “Quo vadis, Domine?”: “La cocina mexicana produce portentos para cada circunstancia” (2012: 352). Tenemos ponche para calentarnos, tostadas y pambazos para celebrar las fiestas patrias o pavo y romeritos para hacernos sufrir en Navidad. La comida es un lugar de unión.

Fiesta, alegría y relax

Un elemento relacionado con la gastronomía es la fiesta, ella incluye varios aspectos, como la alegría, la risa, la música, el relax, entre otros. Juan Villoro ha dedicado varios de sus artículos a reflexionar y analizar la importancia de la fiesta en la cotidianidad mexicana. En el aspecto de la felicidad Villoro escribió “La mexicana alegría”, donde afirma que “sólo una cosa cuesta más trabajo que ser feliz: demostrarlo. Cuando vemos las nubes como una delicia elemental, alguien nos dice: ¿Te pasa algo?” (2012: 82).

Una de las características del mexicano es mostrar una cara agradable aunque se esté pasando por un mal rato. La risa es clave en la vida de los mexicanos. El filósofo Jorge Portilla en su ensayo *La fenomenología del relax* afirma que “la burla o la risa puede servir de clave para comprender rasgos esenciales de la condición humana o para penetrar en la estructura espiritual de un pueblo” (1997: 13). Aunque los mexicanos, a lo largo de los años, han sufrido de varias carencias, injusticias y desigualdad, uno de los rasgos característicos es mostrar, ante todo, un temple juguetón, hacer bromas y burlarse cualquier situación que se esté pasando.

Jorge Ibarguengoitia en uno de sus artículos recopilados en *Instrucciones para vivir en México* menciona que “Lo triste o lo alegre de una historia no depende de los hechos ocurridos, sino de la actitud que tenga el que los está registrando” (2013: 18). En el caso de los mexicanos, aunque la historia nacional tenga pasajes demasiado tristes, seguimos conservando la felicidad. No en balde se siguen celebrando en varios puntos del país los cumpleaños, las graduaciones,

las bodas o las fiestas patronales. Cada fin de semana, los rincones de México se llenan de jolgorio.

Ibargüengoitia dice que: “tienen usted (o ustedes) [los mexicanos] una historia triste, y sin embargo, ha (o han) logrado conservar la alegría” (Ibargüengoitia, 2013: 17). Villoro en varias ocasiones ha mencionado que Ibargüengoitia es uno de los escritores que más lo ha influenciado, sus artículos publicados en el periódico *Excélsior* de los años se convirtieron en una influencia directa en la prosa de Villoro. Sigue el escritor mexicano su línea humorística y llevando, gran parte de lo escribe, al terreno cotidiano.

En su crónica “Retrato de grupo: cien millones de mexicanos”, Villoro recupera las palabras del caricaturista Rafael Barajas, *El fisgón*, quien dice: “John Lennon dijo que la gente que más sufre en la que tiene mejor sentido del humor. Si esto es cierto, los mexicanos somos una superpotencia humorística” (en Villoro, 2005: 41). Además, este humor es, por lo común, exacerbado, se hace notar. Villoro afirma que “nuestra dicha es atributo de la intensidad; ninguna angustia puede con la barbacoa o el ruido. No en balde, las congregaciones que aspiran al éxito se llaman reventones. Nuestra paciencia ante las cosas aburridas se agotó cuando le pusimos alegría al más insulso de nuestros dulces: los entusiastas echan balazos de felicidad” (2012: 83). Los temas van de la mano, la comida y la fiesta en muchas ocasiones se une.

Hay otra característica clave de la fiesta: siempre se hace en comunidad. “Nadie echa relajo ante el espejo ni lanza porras en silencio. El furor patrio pide cómplices, contagio, amigos de a montón”, dice Villoro (2012: 83). Entre más personas haya en una fiesta, su éxito resulta más rotundo.

El filósofo Juan Portilla dice que el relajo se presenta acompañado de hilaridad. Ríe quien lo provoca, ríe quien participa y ríe, incidentalmente, quien es su víctima. El relajo es una forma de liberación (1997: 42). La risa y la burla también forman parte de la fiesta.

Una forma de liberación es el dolor. En varias cantinas y bares mexicanos, es común que llegue un señor con una caja de toques. Se forma una cadena humana para recibir descargas eléctricas que son emocionantes. Villoro menciona

que “se trata de un recordatorio de lo mucho que nos gusta lo que hace daño. Toda reflexión mexicana sobre el gusto es, necesariamente, una reflexión sobre el dolor” (2012: 372). El dolor, en ocasiones, lo buscamos. Nos satisface.

Otro aspecto que va de la mano con la fiesta es la música. En México, el mariachi es el grupo ideal para cualquier tipo de reunión. Cabe, desde una boda, pasando por una borrachera entre amigos, hasta llegar a un velorio. Causa, entre los que lo escuchan, tristeza, enojo, felicidad e, incluso, hasta hartazgo. Villoro menciona que “la euforia tiene la peculiaridad de llegar a deshoras y cantando. El mariachi es un invento excelente para provocar euforia en latitudes donde no florece la conversación” (2012: 84). Es común que, cuando menos se espera, el mariachi aparece cantando y tocando.

Cuando aparece el mariachi, en muchos casos, parece una lucha para ver quién canta más fuerte, si los integrantes de la fiesta o los vestidos de charro. “La reunión sólo es un triunfo coral si el público deja sin repertorio al mariachi” (Villoro, 2012: 84), dice Villoro. Sin embargo, para al intelectual mexicano no le agrada, como a muchos, el mariachi. En su artículo “Se me olvidó otra vez” dice que nadie escucha al mariachi “por vocación melódica, tampoco es cierto que sólo nos entreguemos a esa tempestad animados por el despecho. El mariachi representa un complejo acto de amor propio. Es tan irrenunciable, íntimo y hartante como la cara que ves en el espejo. Las intrincadas pasiones que suscita deriva de esta condición identitaria” (Villoro, 2012: 373).

Es importante mencionar otro aspecto característico de las reuniones mexicanas: su duración. A muchos mexicanos les gustan las fiestas que terminan hasta que salgan los primeros rayos del sol. El éxito de quien organiza la reunión es lograr que los invitados se queden hasta que los mismos anfitriones se duerman. En el artículo “La despedida como poema épico”, Villoro afirma que “vivimos en uno de los pocos países en los que se considera educado quedarse en una reunión hasta que se duerman los anfitriones. Si el impulsivo huésped trata de incorporarse antes de las dos de la mañana, el dueño de casa de la pregunta ¿Pero qué mala cara has visto?” (2012: 418).

La hospitalidad es otra clave dentro de la identidad mexicana. “Abandonar de repente una casa ajena es un agravio” (Villoro, 2012: 419), dice Villoro. Cuando anuncias tu despedida es común que te digan: “Tómame otra y te vas”, “¿por qué tan temprano?”, “no te has tomado una conmigo”, “son apenas las dos de la mañana”. Villoro dice que “el éxito del festejo se mide por su duración” (2012: 418).

En este artículo Villoro concluye “quizá porque los mexicanos somos impuntuales hemos hecho de la permanencia una virtud. Una vez que se produce el milagro de que la gente llegue, no hay que dejarla ir” (2012: 420). En estas líneas se vuelven a repetir las cualidades de la prosa del escritor mexicano: un gran sentido del humor y una alta capacidad de relacionar varios temas. En este caso la impuntualidad con la hospitalidad y la fiesta.

Vivimos en un país donde la fiesta forma parte de las identidades mexicanas. Sobran las razones para reunirnos y celebrar. La fiesta, así como la comida son lugares de unión, a buena parte de los mexicanos les gusta estar juntos, convivir. Estar solos no es opción, además le otorga sentido a buena parte de mexicanos. Sabernos vivos y celebrar forma parte de nuestra identidad.

Amabilidad y cortesía

La hospitalidad, característica de la fiesta, es clave para hablar ahora de otra peculiaridad (y no) de los mexicanos: la amabilidad y la cortesía. Comienzo con un ejemplo que incluye Villoro en su artículo “¡Te vas sin despedirte!”. Dice: “la barroca cortesía nacional provoca enredos como el de “la casa de usted” [...]. La convención obliga a regalarle nuestra vivienda a los desconocidos” (Villoro, 2012: 159). Al respecto, Jorge Ibargüengoitia afirma que “la culminación de la hospitalidad mexicana es la sustitución de la frase “mi casa”, por la de “la casa de usted”. Cómo llegó a esta sustitución es para mí un misterio” (2013: 82).

Algunos mexicanos, cuando abren las puertas de sus casas a algún amigo o familiar, lo primero que hacen es ofrecerte algo de comer o tomar. Son dados a compartir lo mucho o poco que tengan. Ibargüengoitia dice que “tenemos el

defecto tradicional, ya apuntado y más que reconocido, de echar la casa por la ventana cada vez que nos visita un huésped notable” (Ibargüengoitia, 2013: 140). Entregarle la casa a los invitados es un sello del mexicano. No ofrecer algo de comer o tomar es un signo de mal educados o descorteses.

Los mexicanos son dados a ser corteses, amables y hospitalarios con casi cualquier persona, incluso con la gente que es poco común que la vuelvas a ver. “Me encontré con un conocido y sobrevino uno de esos diálogos de esmerada cortesía que los mexicanos sostenemos con personas que no volveremos a ver”, (Villoro, 2012: 18), dice Villoro. Es común que, al ver a una persona en la calle que se conoce, pero no se frecuenta, haya al menos que saludarlo y entablar una conversación de un par de segundos, para no se descorteses. Sin embargo, está el otro lado de la moneda: cuando evitas a esos conocidos incluso cuando ya los viste y pasaron a un lado. La cortesía no es una característica de todos los mexicanos.

Una de las particularidades de la cortesía es la risa. En varias ocasiones, los mexicanos nos reímos de algún chiste o de alguna situación que no causó gracia, pero que, quien la dijo espera una respuesta o una reacción a cambio. Reímos para quedar bien con los otros. Este tipo de risas son cortas y nerviosas. Mientras que, cuando la risa es genuina, “desemboca en carcajadas de mandíbula batiente. Ni siquiera los mariachis acallan a los comensales que se divierten en serio” (Villoro, 2012: 223), dice Villoro.

En su artículo “No hay que ser”, Villoro afirma que “el mexicano ha inventado mil maneras de reír por cortesía. Pocas naciones enfrentan la desgracia con tan buena cara” (Villoro, 2012: 222). Aunque el dólar alcance máximos históricos o los problemas sociales aumenten día a día, el mexicano muestra buena cara ante las vicisitudes. Sin embargo “un barroco sentido de la amabilidad nos convierte en reos de sonrisa” (Villoro, 2012: 222), asevera Villoro. Somos presos de nuestra propia cortesía, esto conlleva a fingir. Reír por cortesía es una forma de aparentar.

Más adelante, en este mismo artículo, Villoro dice que nos encanta fingir y no debemos avergonzarnos de ello. Algunos mexicanos son corteses para no herir

los sentimientos de otras personas, la risa es un elemento dentro de la cultura mexicana para que algunas situaciones sean más sencillas de llevar. Con una risa se puede terminar una conversación o quedar bien con alguien. Algunas risas fingidas hacen que las relaciones sean más sanas, que haya menos problemas.

Por el contrario, en el lado opuesto de la amabilidad y cortesía, Villoro en el artículo “¡Te vas sin despedirte!” reflexiona que la cortesía, a lo largo de los años se ha ido perdiendo. “Hemos usado tanto la amabilidad que ya la gastamos. La cortesía se fue de nuestras calles para refugiarse en las películas mexicanas de los años cuarenta” (Villoro, 2012: 158), dice Villoro e, incluso, llega a mencionar que “la gentileza atraviesa una crisis nacional” (Villoro, 2012: 158).

Estas reflexiones las realiza en un doble sentido. Por un lado, asegura que en generaciones anteriores, para pedir algo había que dar una serie de razones y preguntarlo de una manera amable e indirecta. Pedir las cosas directas era de mala educación. Hace algunos años resultaría tosco presentarse como “Carlos Escutia”, había que decir: “Carlos Escutia, servidor”. O, por otro lado, cuando alguien nos habla era y es grosero contestar diciendo “¿qué?”. Hay que decir “¿mande?”, como peones de hacienda (Villoro, 2012: 159).

La cortesía en México, por el otro lado, también representa un sentido de inferioridad, es decir, estar supeditado a alguien, a tus padres, jefes o maestros. Sigue siendo tosco y hasta de mala educación responderle “¿qué?”. O, por otro lado, hablarle “de tú” a alguien no conoces o es mayor de tú resulta poco amable. Hablar “de usted” representa respeto y da solemnidad a la plática. “Hoy en día las fórmulas serviles sólo perduraran en el trato mercantil de los meseros: “¿Más coñac, mi jefe?” (Villoro, 2012: 159), dice Villoro. También perdura en los mercados cuando, al comprar, se le dice al cliente “patrón (a)”.

Hay otras ocasiones donde este sentido de amabilidad se muestra para salir de problemas. Por ejemplo, cuando un oficial de tránsito detiene a una persona por alguna anomalía, el conductor se refiere él “de usted” y además, en algunos casos, diciéndole “jefe” o “mi jefe”. Algunos mexicanos utilizan la cortesía para enarbolar a alguna persona y, con ellos, tener un beneficio o reducir el castigo por alguna falta.

Villoro concluye con un ejemplo cotidiano de amabilidad y cortesía: “El empleado de la gasolinera dice en señal de deferencia: “La bomba está en ceros”. Sí, pero los litros están incompletos” (Villoro, 2012: 162). Por más amables que sean los mexicanos, en ocasiones se escapa un dejo de corrupción o de amaño, otra peculiaridad de muchos mexicanos.

De acuerdo con Villoro, ahora el sentido de la cortesía tiene doble cara: se es amable para recibir algo a cambio o para sentirnos superiores. “Hemos llegado a una inversión simbólica en la que se considera sospechoso, e incluso “agresivo”, pedir algo de modo elaborado. Usar muchas palabras, o muy selectas, ofende como un abuso de superioridad lingüística” (Villoro, 2012: 160). Muchos mexicanos suponen que si alguien nos habla con palabras poco conocidas nos está diciendo, indirectamente, que somos tontos o poco estudiados. En ocasiones, cuando algunos hablan con conceptos especializados es común escuchar comentarios de la gente que se encuentra a su alrededor: “¡qué payasos!”, “se creen mucho”, “son unos sabelotodo”. Pero si hablan con palabras muy coloquiales o con muchas groserías, los comentarios pueden girar a: “¡qué pelados” o “¡qué poca cultura tienen!”.

El mexicano se ha vuelto sospechoso: “¿Por qué esta persona es tan amable? Algo querrá”, dice nuestros padres creyendo que les vamos a pedir permiso para salir o nuestro jefe, para pedirle un aumento o un día de vacaciones. Villoro, con ironía afirma: “ciertas personas viven en estado de alerta: “¿Te fijaste qué cara puso?” Aunque les digas algo normal, ellas descubren las cejas de mala onda” (Villoro, 2012: 161). Esto refleja otra característica de una parte de los mexicanos: la desconfianza. ¿De qué manera puedes hablar con alguien poco conocido y que exista confianza? Con oraciones elaboradas se corre el riesgo de que la otra persona se sienta ofendida o inferior. Si se habla de manera muy coloquial se corre el peligro de que no te escuchen de manera seria. La amabilidad y la cortesía son un arma de doble filo.

“En vez de suponer que el otro actuará para bien, imaginamos que desea perjudicarnos. Si no lo hace, merece nuestra confianza” (Villoro, 2012: 161), dice Villoro. Lograr crear empatía y seguridad con una persona poco conocida en un

logro mayúsculo en México. Cada día, una buena parte de mexicanos está dejando de confiar en sus semejantes.

Uno de los asuntos en los que sí confían buena parte de los mexicanos es en lo sobrenatural, aquello que se escapa de explicaciones lógicas: la superstición. En México existen varios ejemplos donde se deja ver que un segmento de la población se deja llevar por soluciones poco convencionales. Una de ellas es enterrar un cuchillo al pie de un árbol para detener el cambio climático, es decir, para que deje de llover.

En “Aquí es Texcoco”, Juan Villoro reflexiona acerca de esta superstición mexicana, cuenta que un hombre llamado Chacho poseía un cuchillo que tenía grabado un mensaje: “Aquí es Texcoco” y que había servido para que la lluvia no llegara a eventos importantes. “La superstición es la forma más práctica de enfrentar los enigmas de la naturaleza” (Villoro, 2012: 76), dice Villoro. Muchos mexicanos resuelven problemas de la naturaleza utilizando métodos que no tienen un sustento científico, pero que son parte inherente de la vida de varias comunidades y familias. Cuando se cumple, tal vez por coincidencia, un acto que hace de explicación lógica, se celebra. Se trata de un triunfo de las identidades mexicanas.

En este artículo lamentablemente el cuchillo no sirve en una ocasión, Chacho lo entierra pero empieza a llover, se encontraba en el municipio de Texcoco, donde no había sido usado. Ahí, dice Villoro, perdió el arma su encanto. Concluye Villoro: “México es tierra de paradojas: el calentamiento global hace que nos enfriemos. Mientras los glaciares se derriten buscamos remedios locales, como el cuchillo climático cuya hoja anuncia: Aquí es Texcoco” (Villoro, 2012: 77).

En otro artículo que tituló “Prosa de baja tensión” sigue reflexionando acerca de la superstición. Afirma que “en las noches dejamos dos luces prendidas porque todo el mundo sabe que los ladrones armados con una AK-47 se asusta con dos focos” (Villoro, 2012: 79). Es común ver en algunos hogares mexicanos

las luces prendidas para aparentar que alguien se encuentra dentro de la casa, cuando los residentes se encuentran de viaje o en cualquier otro lugar. Los mexicanos son dados a solucionar problemas con soluciones poco ortodoxas.

La impuntualidad es otro tema que a Villoro le ha interesado reflexionar. En el artículo “Invitación a llegar tarde” dice que “a los mexicanos no sólo nos cuesta más trabajo llegar a la democracia sino a todos los lugares” (Villoro, 2012: 26). En este texto vuelve a estar presente una de las principales características de la prosa del intelectual mexicano: realiza una analogía entre dos rubros que, a simple vista, parecen muy disímiles. En este caso se trata de la impuntualidad con la democracia.

En México, hay una gran cantidad de gente que no le gusta o no tiene la costumbre de llegar a tiempo a una reunión o cita. Es más, a algunos les parece de mal gusto o de mala educación llegar antes o a tiempo, incluso llegan a mencionar que es “elegante” llegar con algunos minutos de retardo.

Por otro lado, en nuestro país tenemos el cliché de dejar todo al último, de realizar la tarea una noche antes de la entrega o de terminar los pendientes del trabajo unas horas antes. Bartra retoma las reflexiones del académico Rogelio Díaz-Guerrero, quien menciona que “los mexicanos perciben de tal manera el tiempo que piensan que pasa más lento que para las otras nacionalidades” (Díaz-Guerrero en Bartra, 2007: 72). Un rasgo que tienen algunos mexicanos es posponer algunas tareas y/o llegar tarde a compromisos.

Juan Villoro dice que “vivimos en un país donde todo lo que vale la pena se pospone. Mientras no seamos una potencia mundial, hay que actuar conforme a nuestra agenda retardada” (Villoro, 2012: 29). Aquí convergen dos ideas: el progreso del país con la impuntualidad. México seguirá siendo un país rezagado en varios rubros hasta que no lleguemos a tiempo a nuestros compromisos o dejemos nuestras responsabilidades hasta el último momento.

Por último, a Villoro le ha interesado retomar las historias de la gente cotidiana de las ciudades. Los taxistas son de las personas que traen a cuento varias historias para contar. En el artículo “Chicago”, Villoro menciona que “Los taxis son espacios narrativos donde no se necesita otro estímulo que el silencio para que el conductor comience a hablar” (Villoro, 2012: 138). Cuando nos subimos a un taxi, en ocasiones el conductor cuenta alguna historia que le ha pasado en su vida o que ha escuchado o conocido. Estas historias son parte de las identidades mexicanas, nos dan un panorama de cómo se comporta la gente en nuestro país.

Además, algunos mexicanos respetan las opiniones de los taxistas. Al ser un trabajo que les permite tener una vasta experiencia, escuchan y viven todos los días la ciudad donde les toca trabajar. Son los ojos y los oídos de las calles. Villoro afirma que “varios siglos de cultura autoritaria nos acostumbraron a confiar más en lo que dicen los taxistas que en lo que informan las instituciones. Al compás de los mariachis y el tequila, escogemos cómo somos” (Villoro, 2005: 37).

La visión oficial no nos satisface, necesitamos esa otra visión que nos humanice las noticias que escuchamos todos los días.

En “Gente para todo”, Villoro sigue reflexionando acerca de este tema, además de los taxistas incluye a los peluqueros. Afirma que el ritmo narrativo de una ciudad depende de los peluqueros y taxistas, que en forma complementaria ofrecen los relatos que se le ocurren a los sedentarios y a los nómadas (Villoro, 2012: 200). Por un lado, el peluquero es sedentario, se queda en un sólo lugar, detrás de tu nunca escuchas varias historias, mientras el taxista es el nómada, no tiene un lugar fijo donde estarse, va de lugar en lugar, trabajando y recopilando historias de la vida cotidiana.

Por lo regular, las historias que cuentan son desastrosas y acaban en grandes fatalidades, narran por lo regular episodios de inseguridad que se viven en la ciudad o de gente que se ha guiado por la ilegalidad o que, por circunstancias, le ha ido mal en la vida. “Los taxistas y los peluqueros demuestran que para narrar hay que tener problemas” (Villoro, 2012: 200), dice Villoro. Las historias de éxito pocas veces se cuélan en las conversaciones de los taxistas o peluqueros. “Taxistas y peluqueros han oído muchas tragedias que los hacen

sentirse bien. Ambos provienen de la escuela narrativa rusa: los clientes felices no tienen historia” (Villoro, 2012: 202), concluye Villoro.

En el periodismo cotidiano que realiza Villoro nos muestra que nuestras identidades se encuentran, en gran medida, en las personas que pasan a nuestro lado cuando nos dirigimos a la escuela o al trabajo. En la personas que te cuentan una historia común. También se encuentran en los pequeños detalles que, a veces, pasan desapercibidos, como los ingredientes que se utilizan para preparar un platillo típico, en los diez minutos en que algún conocido llegó tarde a una reunión o en lo amable que somos con los desconocidos.

En la vida cotidiana se encuentran los misterios de las identidades mexicanas. Retomar esas historias y reflexiones en artículos periodísticos es lo que Villoro ha realizado a lo largo de su carrera. Con las historias que ha contado acerca de gente común, le ha dado voz a miles de personas y nos ha puesto de relieve quiénes somos, qué son los mexicanos y cuáles son nuestras identidades.

6. Hacia dónde va la intelectualidad en México

En México, a lo largo del siglo XX, los intelectuales fueron parte esencial dentro de la vida pública del país. Narradores, poetas y ensayistas, además de su labor literaria y/o periodística, formaron parte de la administración pública. Algunos fueron secretarios de educación como José Vasconcelos, quien asimismo fue rector de la UNAM y un notable ensayista y narrador. Otros, como Octavio Paz fungieron como embajadores y fue uno de los poetas y ensayistas más importantes de la literatura en México.

Estos dos ejemplos, Paz y Vasconcelos, pone de relieve la importancia de la intelectualidad en México. Gente con una amplia cultura y capacidad para vislumbrar lo que pasa en México, dar un camino a seguir y materializándolo en acciones concretas, como el caso de Vasconcelos de formar toda una corriente nacionalista. Invitó a los grandes artistas de la primera mitad del siglo XX a pintar las paredes de los edificios más emblemáticos de la capital del país para

acrecentar el nacionalismo que, de acuerdo con el autor de *La raza cósmica*, necesitaba México.

Los intelectuales también han fungido como la parte crítica de la sociedad, de esa parte que no está de acuerdo con las decisiones que toman los representantes del país. Por ejemplo, Octavio Paz decidió renunciar a su cargo como embajador de la India después del movimiento de estudiantes en 1968. Acciones como esta muestran la valentía y la actitud crítica de estas personas que reflexionan el estado del país desde otra trinchera, donde lo importante no son las posiciones políticas o simpatizar con algún personaje de la vida pública. Lo importante es lo agudo y lo profundo de las disertaciones.

Muchos de los intelectuales del siglo XX crearon revistas y suplementos culturales en diversos medios como conducto para expresar sus ideas. Ello permitía que un mayor espectro de la población conociera lo que pensaban. Sin embargo, la mayoría de esas publicaciones llegó sólo a un público muy reducido: a estudiantes universitarios, a la academia y a los mismos intelectuales. En algunos casos a los medios masivos de comunicación, en especial a la radio. Por ejemplo con programas que realizaron Salvador Elizondo o Carlos Monsiváis, entre los que se encuentran la serie *El cine y la crítica* de Radio UNAM.

En las publicaciones que tuvieron los intelectuales, donde cabría destacar la revista *Plural*, que después se convirtió en *Vuelta* y que ahora es *Letras Libres*, se han discutido varias ideas importantes, desde políticas, sociales, culturales, económicas, entre otras, pero empero, con poca difusión a la gente de a pie.

Juan Villoro, el heredero de toda la clase intelectual del siglo XX, ha encaminado buena parte de sus textos a criticar y reflexionar acerca de la manera en la que vivimos los mexicanos. Desde su trinchera nos ha mostrado una forma diferente de ver los hechos que pasan día a día. En su caso, se diferencia de muchos intelectuales que le antecedieron en varios aspectos. Por un lado, no tiene la carga de solemnidad que tuvieron algunos grandes intelectuales mexicanos, como Alfonso Reyes o su padre, Luis Villoro. Se ha destacado por escribir acerca de aspectos cotidianos que a una buena parte de la población le interesan.

Uno de ellos es la música. Escribió crónicas musicales de la segunda mitad del siglo XX en México, que han sido musicalizadas y que él mismo ha presentado, como si fuera un rockero. Participó recitándolas en el festival musical “Vive Latino”, el más importante de Iberoamérica. A diferencia de muchos intelectuales que le antecedieron, no tiene esa carga de solemnidad. Se muestra, más bien, como una persona accesible y cercana, en este caso a los jóvenes.

Muestra que la literatura, los ensayos, las crónicas y el periodismo, son fundamentales en la vida de cualquier persona. Trata de acercar lo que ha escrito de una manera poco convencional. A buena parte de los jóvenes les gusta el rock y, además, les gusta recordar y conocer cómo fue en los años sesenta y setenta. Villoro, con estas crónicas musicalizadas, además de dar un panorama del rock en estas dos décadas, da una muestra de cómo era el país y, por ende, una muestra de historia.

Otro sector en que ha puesto especial atención es en los niños, ha escrito varios cuentos y libros para este sector. Él mismo ha mencionado que escribir para niños es como escribir filosofía. Dentro de los textos dirigidos a este público se encuentran escondidas las preguntas fundamentales de todos los humanos: ¿Cuál es el sentido de la vida?, ¿qué valor tiene la amistad, la fraternidad o la honestidad? Que un intelectual escriba para este sector es de gran relevancia porque no sólo en las altas esferas debe haber discusión de los temas fundamentales del hombre. Los niños también tienen que acceder a preguntarse este tipo de incógnitas.

Prueba de ello, es que en las ferias del libro que se realizan alrededor del país, centenares de niños, adolescentes y adultos acuden a él por una firma o una foto. Se ha convertido en uno de los escritores más conocidos de la última década.

Por otro lado, tampoco le resta importancia a las reflexiones más profundas acerca de cualquier tema. Publica en varios medios y además es miembro del Colegio Nacional, donde ha brindado varias conferencias para un público más especializado.

México siempre ha necesitado este tipo de intelectuales, que escriban utilizando la razón, pero donde también las emociones y la historia de vida son

igual de importantes. Cuando la credibilidad en las instituciones y los personajes que nos representan cada vez está más debilitada, el poder y la presencia de intelectuales como Villoro no dan una luz, un camino a seguir. Nos muestran que pensar y reflexionar son lo más importante que tiene el ser humano. Preguntarse porqué pasan ciertas cosas, averiguar, investigar hasta el último detalle es lo que nos permite expandir el pensamiento y lograr que se transformen las situaciones con las que no estamos de acuerdo.

Ser intelectual en México significa estar comprometido con la vida pública del país, conocer cómo vive la gente cotidiana, cómo viven los jóvenes, los ricos, los pobres; los doctores, los analfabetos, los boleros y los oficinistas. Ser claro y coherente con lo haces y piensas. Defender y luchar por causas sociales justas. Ser, además, cercano a la gente y un modelo a seguir. Contribuir a que un país se guíe por la vía democrática, por el debate y la confrontación de ideas.

Juan Villoro me ha invitado a nunca estar satisfechos con lo que sabemos o hemos leído, siempre hay algo más allá, siempre hay otra forma de pensar, otra visión acerca de un hecho. Me ha invitado, también, a valorar y disfrutar aspectos de mi vida cotidiana, aspectos que a simple vista pasaría por alto, pero que, si me detengo por unos minutos, puedo encontrar ahí una reflexión acerca de algo de mi vida personal o de la vida de mi país.

Desde que lo leí me quedé impresionado por su capacidad de poder hacer analogía entre aspectos completamente dispares. Por ejemplo, una tostada con la alegría mexicana o la falta de delanteros en nuestro país con la justicia social. Villoro tiene los ojos y la pluma de un intelectual por excelencia, es decir, analiza desde otro punto de vista los hechos que pasan día a día.

En la segunda década del siglo XXI, donde la vida parece ser más rápida, donde no hay momento para detenernos a pensar qué hemos hecho durante el día, donde buena parte de nuestras acciones son efímeras y mucha gente se guía por aspectos superfluos, Villoro nos muestra otra cara de los que estamos viviendo. Buena cantidad de medios agendan entrevistas con él para aclarar algún tema. Es una de las voces más importantes y con más carisma que tiene México hoy.

Existen otros intelectuales actualmente que son muy relevantes, como Enrique Krauze o Héctor Aguilar Camín, sin embargo no han tenido la suficiente empatía con la gente. Muchos de ellos, aunque tengan un discurso progresista, tienen en realidad una actitud conservadora. No escriben con emociones, la mayoría de sus textos están llenos de datos duros, que no empatan con el público.

El público que tiene acceso a internet o a ciertos medios son los que se pueden enterar de qué piensan estos intelectuales, sin embargo Villoro ha entendido que, más allá de los círculos altos de la intelectualidad y la academia, lo más importante son las personas de a pie, aquellas que pocas veces se voltean a ver. Villoro rescata la visión del mundo de la señora que vende quesadillas en una esquina o de un taxista.

Continuarán habiendo intelectuales, su labor dentro de la academia y revistas como *Nexos*, las columnas de los principales diarios de México y los suplementos culturales seguirán existiendo. El debate de ideas y reflexiones acerca de lo que sucede en nuestro país seguirá. Percibo que, incluso, se aumentará. Cada día pasan más hechos susceptibles a reflexión y análisis. Sin embargo, la diversidad de opiniones y la gran cantidad de gente que opina acerca de un mismo tema nos encaminará a que, como pasen los años, haya cada vez menos intelectuales icónicos como lo fueron Carlos Fuentes, Monsiváis, Paz o el mismo Villoro.

El público ya no busca, en muchas ocasiones, la visión de una sola persona, busca muchas opiniones, pero percibo que en muchos casos, se buscan opiniones que se realizan de bote pronto, poco pensadas y articuladas. Opiniones que satisfacen una inquietud del momento y después se pasa a otro tema. Vivimos en el gran momento de las redes sociales, donde se vierten todo tipo de opiniones. Todos lo que tienen acceso a ella tienen la posibilidad de escribir una opinión, pero sólo un puñado lo hace investigando y reflexionando más a fondo. Vivir en el momento está logrando que cada vez las reflexiones sean menos agudas, nos gana el tiempo. Muchos quieren ser los primeros en dar su opinión acerca del tema en boga. Villoro se sale de esa línea, para él es preferible pensar y repensar porqué suceden los hechos, hacer analogía, desmenuzarlo.

Cualquier país del mundo necesita más intelectuales como Juan Villoro, alguien capaz de empatar con la gente común, pero que al mismo tiempo, ofrezca reflexiones profundas. En México seguirán habiendo intelectuales con las características que tiene Villoro, sin embargo, percibo que serán cada vez más esporádicos. Juan Villoro es uno de los últimos intelectuales quien, además de hacer una carrera en el aspecto literario y periodístico, fungió como agregado cultura de la embajada en Alemania, es miembro del Colegio Nacional y además, una persona cercana a la gente y a sus lectores. Es uno de los pensadores mexicanos que le seguirá dando rumbo al país, en un momento donde cada vez hay cambios más bruscos y poca estabilidad.

Villoro me dijo alguna vez: “ser mexicano es un deporte extremo”, sus reflexiones harán que nuestro país tome un rumbo encaminado a la paz y la igualdad.

Juan Villoro es el gran intelectual mexicano.

Fuentes

Bartra, Roger. (2007). *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo.

Barta, Roger. (2007b). *Anatomía del mexicano*. México: Grijalbo.

Brading, David. (2004). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Ediciones Era.

Cabrol, Gloria. (2009). *La crónica: un modo de narrar Latinoamérica*. Argentina: Universidad Autónoma de Entre Ríos. [En línea]. [Consultado el 18 de noviembre de 2013]. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/17412/Documento_completo.pdf?sequence=1

Concheiro, Luciano, et al. (2015). *El intelectual mexicano: una especie en extinción*. México: Taurus.

Falbo, Graciela. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen. [En línea]. [Consultado el 18 de noviembre de 2013]. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/22751/Documento_completo.pdf?sequence=3

Fuentes, Carlos. (1998). *Tiempo mexicano*. México: Joaquín-Mortiz.

Ibargüengoitia, Jorge. (2013). *Instrucciones para vivir en México*: México: Planeta

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). *Banco de datos*. [En línea]. Disponible en: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/temas/default.aspx?s=est&c=17484>

Llanes, Manuel de Jesús. (2012). *Idea de Hispanoamérica en la obra de Juan Villoro*. Barcelona: Universidad de Barcelona. [En línea]. Disponible en: http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/98342/MJLLG_TESIS.pdf?sequence=1

Martell, Lenin. (2016). Entrevista realizada el 27 de julio de 2016. México.

Melero, José. (1993). "Paul Ricoeur: La hermenéutica como esperanza crítica" en *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*. España:

Universidad de Castilla-La Mancha. [En línea]. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2282495.pdf>.

Paz, Octavio. (2010). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.

Portilla, Jorge. (1997). *La fenomenología del relajo*. México: Fondo de Cultura Económica

Ramos, Samuel. (1987). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe.

Reyes, Alfonso. (1983). *La visión de Anáhuac y otros ensayos*. México: FCE.

Ricoeur, Paul. (2014). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo Veintiuno.

Vasconcelos, José. (1992). *La raza cósmica*. México: Espasa-Calpe.

Villoro, Juan. (1995). "La frontera de los ilegales" en *Anales de Literatura Hispanoamericana*. No. 24. Madrid: Servicio de Publicaciones UCM.

Villoro, Juan. (2002). *El diablo en el espejo*. [En línea]. Disponible en: http://www2.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/Archivos/introduc/intro_53.pdf

Villoro, Juan. (2005). *Safari accidental*. México: Joaquín Mortiz.

Villoro, Juan. [TV UNAM]. (2011). *Juan Villoro. Mediotiempo*. [Archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=lvWIHilc9Dw>

Villoro, Juan. (2012). *¿Hay vida en la Tierra?*. México: Almadía.

Villoro, Juan. [Shalala]. (2013). *Juan Villoro y el relato de hoy*. [Archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=-0E8u06vwWQ>

Villoro, Juan. [revistaunam]. (2016). *Programa TVunam con Juan Villoro Parte 1 y 2*. [Archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cg7VITliqJc>

Villoro, Juan. (2016b). "Iguanas y dinosaurios. América Latina como utopía del atraso" en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. España. [En línea]. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/iguanas-y-dinosaurios-america-latina-como-utopia-del-atraso--0/html/fdc324bc-098b-427e-a99d-88ce6bf68556_2.html#l_0_

Villoro, Juan. [Noticias22Agencia]. (2016c). *Juan Villoro voz de una generación*. [Archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=70KGSgvno5Q>

Villoro, Luis. (1999). *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: Paidós

Vizcaíno, Fernando. (2002). *Los cambios recientes del nacionalismo mexicano*. México: UNAM. [En línea]. [Consultado el 18 de noviembre de 2013]. Disponible en: <http://132.248.35.1/bibliovirtual/Libros/BejaryRosales/2002/ocho.pdf>

Wimer, Javier. (2005). “La muerte de un filósofo” en *Revista de la Universidad de México*. UNAM: México. [En línea]. Disponible en: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/1705/pdfs/27-33.pdf>

Anexo

Entrevista a Juan Villoro

El 22 de septiembre de 2016, Juan Villoro acudió a la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México a dar una conferencia. Tuve la oportunidad de entrevistarle y esto fue lo que me dijo.

P: Publicaste en *Reforma* un artículo que nombraste “El narcisismo de los esclavos”, donde haces una reflexión de las redes sociales en nuestra época. ¿En dónde estamos parados?

R: Creo que somos los bárbaros de una nueva época, entonces estamos utilizando las redes sociales sin saber muy bien cuáles son sus alcances, cuáles son sus protocolos y cómo debemos nosotros relacionarnos con ellas. Por un lado, han traído beneficios extraordinarios, como la comunicación inmediata, la capacidad de conocer numerosas informaciones que de otro modo nos estarían vedadas, pero al mismo tiempo también han llevado una pérdida total de la privacidad, a linchamientos no siempre justificados que en ocasiones han causado hasta suicidios de personas que se han visto ofendidas por las redes. La comercialización de nuestra vida, las empresas saben cuáles son nuestras tendencias, nuestros gustos y nos observan a través de la red para ofrecernos cosas. Es un gran fenómeno del consumo.

Luego, la incorporación a una tribu que responde a una tendencia colectiva y donde se borra lo individual. Todo esto ha convertido a las redes en una falsa representación de la sociedad, porque los robots también pueden intervenir de ellas. La gente no siempre expresa lo mejor de sí mismo sino lo que impulsivamente puede decir. Pretendiendo ser sinceros y pretendiendo representarse a sí mismo sin filtros, muchas veces se integran a una tendencia colectiva.

Creo que también hay un problema, muchas veces, al desahogarte en la red ya no buscas cambiar la realidad, ya es como una catarsis colectiva. Esto le

conviene mucho a la sociedad capitalista contemporáneo, que la gente haga el ridículo en las redes, exprese su odio y nunca cambie a la realidad.

P: Pasando a otro tema de la coyuntura y siguiendo con la imagen. Publicaste un artículo acerca de Trump y lo relacionaste con la comida nacional. ¿Cómo ves al candidato?

R: Trump es una amenaza para México, es un candidato que ha convertido a los mexicanos en blanco de su campaña. Basándose en esa discriminación ha despertado reacciones muy reprobables dentro de Estados Unidos, criminalizando a todo un país, que para nuestra desgracia es México. Absurdo que lo haya invitado el presidente Peña Nieto, esto sólo podía ser negativo para él.

Ahí yo reflexioné sobre la manera en que los mexicanos defender nuestra integridad y nuestra identidad, porque tenemos una especie de patriotismo gastronómico. Incluso hablamos de la revancha de Moctezuma. Si alguien le sienta mal nuestra comida pues es un invasor, no un verdadero mexicano. Yo creo que la comida es parte de nuestra identidad, por lo menos si lo traemos aquí, que hubiéramos tenido un patriotismo intestinal para que le cayeran mal nuestros guisos. Ahí trataba de asociarme con esta forma de la identidad que es muy cotidiana y que tiene que ver con los sabores y los gustos, también la resistencia que no exige nuestra gastronomía.

P: Pasando al tema del periodismo, se publicó *El intelectual mexicano: una especie en peligro de extinción*, donde te hacen una entrevista y mencionas algo muy interesante acerca del periodismo, que los reporteros buscan las respuestas de banqueta, esperando que alguna personalidad nos responda algo y eso sea la primera plana. Pero no se hace un trabajo de análisis, un trabajo más profundo en el periodismo, ¿cómo lo ves?

R: Esto se ha acentuado también con las redes, porque nosotros estamos exigiendo como periodistas a dar respuestas instantáneas, hay que alimentar información en línea, que se está produciendo minuto a minuto. Se busca una respuesta rápida y se transmite de inmediato. Hay menos tiempo para el

periodismo de investigación o para entrevistas que sean verdaderos diálogos, entonces se busca la nota repentina y esto muchas veces no refleja verdaderamente la realidad, porque somos colecciones de exabruptos, somos colecciones de salidas de tono, de frases sacadas de contexto. Yo creo que valdría la pena frenar un poco la información para profundizar sus efectos.

P: ¿Cómo ves Toluca? Esta ciudad que está a una hora de la capital del país, pero que sigue siendo provincia.

R: Es un lugar al que yo vine de niño muchas veces, porque está La Bombonera, yo siempre he sido muy aficionado al fútbol y me encantaba este estadio, me encantaban las toras de chorizo, el chorizo verde. Es un lugar donde alguna vez incluso pensé en venir a vivir, porque la Ciudad de México te asfixia mucho. Me gusta el clima, que es más fresco que el de la Ciudad de México, he tenido la suerte de visitar alrededores como Teotenango, Malinalco, lugares que me gustan mucho. Es un lugar que no siempre es conocido por los capitalinos, pero que forma parte de nuestro imaginario, al menos para mí siempre ha sido muy importante.

No me gustan tanto los políticos del estado de México, que han tenido mucho éxito pero para sus propios fines, no tanto para el país. Pero me gusta mucho la gente del estado de México, eso sí.

P: Haciendo una analogía con tu antología *Espejo retrovisor*, ¿cómo ves tu obra a sesenta años? Un coloquio dedicado a tu obra. ¿Cómo te ves en el panorama de las letras?

R: Estoy muy agradecido, me parece extraordinario que esto suceda, es como si estuviera dentro de un sueño, que tiene una condición irreal para mí. También me hace sentir como un autor póstumo, alguien que dejó su obra y que está siendo analizado cuando él ya no produce. Todo esto me sobrecoge, me abruma, me da alegría, pero creo mi trabajo como escritor es seguir pensando que cada libro es un primer paso, que cada libro es algo nuevo, que no puedo pensar que ya las cosas

la hice. Lo importante de una carretera es lo que tienes enfrente, no lo que tienes atrás.

P: Has mencionado varias veces que no te gustan las ideas reductoras de la identidad. Pero, en este tiempo, ¿cómo ves a los mexicanos? ¿Cómo auguras el futuro del país?

R: Hay muchos modos de ser mexicano, sin duda alguna es tan mexicano alguien que se comporte de una manera, a otra que se comporte de manera muy distinta. No hay una conducta específica para el mexicano, yo creo que las identidades reductoras son etiquetas que no nos convienen. Se parecen vagamente a nosotros pero no nos expresan cabalmente. Dicho todo esto hay cosas que nos unen, que nos articulan. Yo creo que hoy en día ser mexicano es un deporte extremo, no es fácil vivir en un país donde la vida está tan amenazada, que se ha convertido en un territorio de fosas comunes. Donde los parientes, principalmente las madres, buscan a sus desaparecidos. Un país sin soberanía auténtica, con una desigualdad terrible, una corrupción rampante.

Todo este marco es difícil de sobrellevar, yo creo que precisamente el arte, la literatura cumplen un papel muy importante en estos momentos. En una realidad que parece no tener sentido, el arte ofrece respuestas. Además es una oportunidad de cultivar ahí emociones que parecerían no tener lugar hoy en día, como la felicidad, la esperanza, el sentido del humor o la sensualidad. No hay que dejar que el infierno cotidiano nos arrebate estas posibilidades. Esa es justamente la función de la literatura contemporánea, la de entender que incluso en una situación tan degradada como el infierno, es posible concebir un paraíso. Ese es un poco el camino en el que estamos.